

REVISTA DE ESTVDIOS HISPANICOS

MADRID

10

OCTUBRE 1935

ESTVDIOS HISPANICOS

Inicia con el artículo de Oscar Pérez Solís, que publica hoy, una serie información sobre el estado del Corporativismo en Europa. En el próximo número publicará un trabajo del Dr. Fanfani, profesor de la Universidad Católica de Milán, y una de las principales autoridades en materia corporativista.

ESTVDIOS HISPANICOS

Abre una encuesta entre teólogos y juristas sobre este tema:

Cuáles deberán ser en la Constitución futura de España las relaciones entre la Iglesia y el Estado

El próximo artículo sobre esta encuesta será de la ilustre firma de D. Manuel Jiménez Fernández.

ESTUDIOS HISPÁNICOS

Apre una encuesta entre teólo-
gos y juristas sobre este tema:

Cuales deberán ser en la Consti-

tución futura de España las rela-

ciones entre la Iglesia y el Estado

y una encuesta entre los principales

El próximo artículo sobre esta

encuesta será de la ilustre fir-

ma de D. Manuel Jiménez Tor-

rández.

¿Una escuela de Heterodoxia?

En la evolución del moderno pensamiento español hay un fenómeno singular digno de estudio para todo hombre reflexivo. Se levanta como la esfinge, solitario y mudo, hierático y solemne, siendo de todo punto necesario resolver sus enigmas si no queremos caminar a ciegas y llenar de tinieblas impenetrables la historia de las ideas religiosas entre las gentes peninsulares.

Este hecho es la existencia no interrumpida, durante medio siglo, de un grupo nutrido de escritores y catedráticos en franca disidencia con las ideas católicas y con el espíritu que ha informado las manifestaciones más gloriosas de la Ciencia española. En un libro reciente hemos historiado y comentado el pensamiento de muchos de esos escritores, conocidos en un sector bastante amplio de nuestras letras con el nombre de INTELLECTUALES.

Permítasenos un breve paréntesis. Es norma rigurosa para nosotros tratar al adversario con aquella dignidad y cortesía que exigen no sólo las leyes de la educación, sino también el decoro literario y el deseo de llevar una chispa de luz allí donde tal vez estén asentadas las sombras del error. De ahí que cuando usamos el vocablo *intelectuales* no hagamos sino acomodarnos a una fórmula corriente de lenguaje, sin ánimo de injuriar grave ni levemente a nadie. Hace tiempo que conocíamos la observación de Ortega y Gasset acerca de ese ape-

lativo *pernicioso*. Así lo llama expresamente en «Vieja y nueva política», y torna a repetirlo en el tomo II de «El espectador». La palabra más desprestigiada de cuantas suenan en la Península es la palabra *intelectuales*. . . Los *intelectuales* somos llamados así con más o menos justicia... (1).

Conste, pues, desde este mismo instante nuestra buena intención; seguimos, al emplear el vocablo, el uso corriente, atestiguado por Ortega, sin pararnos ahora a aquilatar la propiedad y justeza del apelativo.

El hecho a que antes hemos aludido no se explica satisfactoriamente con estudiar a media docena de ensayistas. Las monografías, aun siendo completas, no abarcan más que líneas particulares y dejan intacta para los historiadores la visión del conjunto.

Y esto es precisamente lo que nosotros intentamos. La persistencia sistemática de la escuela intelectualista en apartarse de los moldes católicos, su pedagogía *irreligiosa* o, por lo menos, *arreligiosa*, como hoy se dice, su filosofía racionalista, su labor histórica frecuentemente antiespañola, sus tendencias laicas y descristianizadoras no son un asunto baladí ni un episodio pasajero. Ofrecen un amplio panorama a los ojos del historiador de las ideas religiosas, y es preciso dominar el horizonte en toda su amplitud.

¿Qué caracteres generales tiene la escuela intelectualista? ¿De qué fuente ha nacido? ¿Con qué afluentes se nutre? ¿Qué tierras riega? ¿Hacia dónde prefiere lanzar su impetuosa corriente? ¿Cuáles son las causas, los procedimientos y los fines que desde Giner de los Ríos sellan todos los movimientos de los adeptos de esa escuela?

Por de pronto el lector que con alguna reflexión siga las ondulaciones del pensamiento religioso, es posible que ante una tendencia que se prolonga en España durante medio siglo crea que ha fallado aquella ley primordial que señaló Menén-

(1) *Obras*, págs. 114 y 253.

dez y Pelayo en la «Historia de los Heterodoxos Españoles», la herejía en el territorio nacional ha tenido siempre contados sus días; es un fenómeno pasajero. Con abrumadora erudición demostraba esta tesis el sapientísimo maestro. Y nosotros estamos tan identificados con su pensamiento que hace unos días escribíamos en «Los Apologistas Españoles» (1830-1930). Por fortuna, nuestra Patria no es cuna de herejías. Las que enturbiaron nuestro cielo venían impelidas por vientos extraños; sus rugidos sonaron en el suelo de Iberia con acentos de extranjería, y después de vagar inciertas algún tiempo por nuestros montes y llanuras, esas nubes buscaron otros horizontes o se desvanecieron rápidamente en los aires. ¿Qué manchas dejaron en la Ciencia española el arrianismo, el judaísmo, el mahometismo, el protestantismo y el jansenismo? ¿Qué ruidos discordantes turbaron la calma de nuestra *República literaria*? ¿A quién ha sido dado, sino a raros y eruditos varones, seguir el rastro de barruntos heréticos entre nosotros? Unamuno dará de este fenómeno la explicación que le plazca; pero convenirá con nosotros, ¡aun cuando no convenga consigo mismo!, en que el único que pudo describir las peripecias de la heterodoxia española fué el inmortal historiador que las describió (1).

Al llegar a este punto nos preguntamos: ¿Existe realmente en España una escuela de heterodoxia? Si existe, por vez primera en nuestra patria ha dejado el error teológico de ser efímero y volandero para tomar carta de ciudadanía en la tierra de Vitoria y de Suárez.

Pero a su vez cabe hacerse esta otra pregunta previa: los *intelectuales* españoles ¿forman una escuela?

Nosotros no dudamos en contestar afirmativamente a la segunda pregunta; para responder a la primera necesitamos que los lectores nos acompañen en el trayecto que vamos a recorrer.

(1) Cap. I, pág. 11. Madrid, 1935.

La existencia de una escuela se presenta delante de nuestros ojos con caracteres inconfundibles. Hubo un fundador que dejó entre sus discípulos una estela de veneración, que se ha convertido casi en una liturgia intelectual; se suceden unos a otros los *devotos* de esa liturgia, que van a desempeñar sus iniciaciones en los centros docentes, escogidos por ellos con preferencia para el desarrollo de sus programas y el logro de sus intentos; hay un método uniforme de procedimientos, de ideas, de fraseología y hasta de palabras; es rebuscada y almibarada la frase, elegante y afeminado el ademán, meloso el tono de la voz...; hay un plan perseverante de escalar los puestos influyentes de la enseñanza, apoyándose los unos a los otros con rara fraternidad; hay un afán de proselitismo, que se extiende principalmente a la conquista de la juventud estudiantil; hay una preferencia marcadísima por todos los aires que vienen del extranjero, sea progreso legítimo o mercancía averiada, y un desdén no disimulado hacia todo lo que lleva cuño español.

Con estos caracteres ¿no está ya delineada una escuela? ¿La llamaremos Institución libre de enseñanza? No hay inconveniente en ello, con tal de advertir que en ese título la *libertad* es únicamente la careta de una férrea servidumbre y de un monopolio absorbente y devastador. Por eso hemos contemplado cómo se propagaba un materialismo caduco, disfrazado de untuoso misticismo, en la Cátedra, en el Ateneo, en la prensa, en el Parlamento, en las calles, en el casino, en la mal llamada Casa del Pueblo —sin duda por confundir al pueblo con el populacho— y hasta en las eras de los campos manchegos, según recordaba en una hermosa página Menéndez y Pelayo (1).

¡Cuánta lástima nos da de aquellos alumnos universitarios a quienes con halagos de sirena se les ha lanzado por esos derroteros! Debajo del brazo llevan la «Revista de Occiden-

(1) *Heterodoxos*, VII, 429.

te», nuevo Alcorán de los *intelectuales* de hogaño, y como supremo ideal de la Ciencia devoran algún ensayo de Ortega y Gasset. Apenas tienen fuerza para digerirlo, y pronto acuden al compañero y le susurran al oído: —«¿Has leído el artículo de Ortega? Es un ensayo precioso, definitivo; es la idealidad tangencial de un barroquismo magníficamente perfilado...»

¡Ah! Y mientras tanto no resisten un trozo de Fray Luis de León, oreado por las brisas del Tormes e iluminado por las estrellas del cielo de Castilla que bañan tibiamente la frente de Marcelo, ni han abierto un tratado de Suárez, ni tienen paciencia para leer unas páginas de Quevedo, ni se deleitan con las leyendas de Zorrilla, ni gozan con una comedia de Lope o de Calderón, ni han saludado un capítulo del *Criterio*, ni sueñan bien en sus oídos los párrafos rotundos y luminosos de Menéndez y Pelayo.

Será, por consiguiente. un gloria o una ignominia para nuestra patria; pero el historiador concienzudo y el observador perspicaz han de reconocer que estas notas tan persistentes y tan claras indican la existencia de una escuela.

Ahora bien. ¿Hay en su recinto un sistema de heterodoxia?

Afirmaba Salaverría en un artículo publicado no hace mucho tiempo en *A B C* que en España los escritores modernos. desde el 98 en adelante, eran nietzschianos. Suponemos que en la intención del elegante escritor habrá un límite que no ha puesto en la frase, puesto que más adelante añade que los modos nietzschianos «caen y se agarran sobre todo en los espíritus decadentes, débiles y desquiciados». Ya lo recordaba el malogrado Padre Graciano Martínez en la *Semblanza del primer superhombre*; las extravagancias de Nietzsche sólo podían hacer daño a los escritores que, alejados de los dogmas católicos, caminan a la deriva en el mar del pensamiento. La brisa bonancible puede llevarlos a la playa o al puerto; el huracán desencadenado los destroza contra los escollos y los sumerge en el abismo.

¡Mal camino para fundar sistemas! Los espíritus débiles no

han nacido para luchar, y menos en tiempos en que la lucha exige musculatura de atletas; los entendimientos desquiciados vagarán sin rumbo fijo, hoy deben un rayo de luz, mañana se pierden en la noche, pero jamás darán pasos firmes en una dirección determinada; en una palabra, los maestros desorientados, las cabezas anquilosadas, que resbalan sobre un presente inseguro, maldicen el pasado y pierden su pupila en un futuro incógnito y sombrío, no poseen virilidad mental que levante sobre hombros robustos una escuela de heterodoxia.

La herejía es una posición firme, aun cuando equivocada; afirma o niega resueltamente y se complace, por ejemplo, en dejar un montón de cenizas humanas, como testimonio de su feroz intransigencia, en las encantadas orillas del lago Lemán.

¿Se ajusta esta conducta a los ideales intelectualistas? Giner de los Ríos pide en la colección de artículos que reunió bajo el título de *Universidad Española* que en los centros docentes del Estado se observe a rajatabla la «neutralidad religiosa» más estricta. ¿Y hasta dónde habría de entenderse la neutralidad? ¿Al terreno histórico? Desde luego, porque incluso la Edad Media estaba en desacuerdo con los principios religiosos, y opinar de otra manera, según el profesor krausista, es manchar con tópicos la concepción histórica medieval. Más aún; actualmente hay un «nuevo» sentido y un nuevo espíritu en la política, en la disciplina y en las doctrinas de la Iglesia, y correría grave riesgo de engañarse quien se imaginase uno e indivisible el hilo de la tradición eclesiástica. ¿Se extendería la neutralidad al campo dogmático? Evidentemente, y por más poderosas razones. El dogmatismo es lepra de la inteligencia, rémora del espíritu, vilipendio de un pueblo civilizado y negación del progreso humano. Así lo aseguran los *intelectuales*, y a eso alude con una frase de vago sentimentalismo Fernando de los Ríos, al decirnos que la Iglesia escogió el Catolicismo y abandonó el Evangelismo.

Esta teoría llevaba aparejada necesariamente la guerra a la Teología y a la Filosofía. Por eso se las ha desterrado de las

Universidades, casi en absoluto. Si aún quedan algunos nombres es por aquello que observaba Donoso Cortés; las cosas son tan efímeras que duran a veces menos que los nombres.

¿Se podrá asegurar en serio que existe heterodoxia allí donde la Teología ha sido barrida y donde del movimiento filosófico de otros tiempos sólo queda el perfume de las rosas que se marchitaron? Sin base teológica, cualquiera que sea, sin llevar en la cabeza firmemente asentados algunos principios filosóficos, que infundan vigor a explicaciones inconexas recogidas como al azar en las cátedras más diversas, es imposible la formación de un cuerpo doctrinal que dé alientos para vivir y abra delante del ánimo triste y desorientado rompientes de claridad y de eterna belleza.

«La «neutralidad» docente en las cuestiones que más interesan al hombre, la supresión de la Teología oficialmente y la ignorancia profunda de ella individualmente, si ha abierto camino para el escepticismo desgarrador y para el achatamiento de los caracteres, ha puesto, en cambio, una valla insuperable a las olas encrespadas que en distintas épocas azotaron la nave de la Iglesia.

Recuerdo muy bien que un distinguido académico, preguntándome hace algunos años acerca de los motivos de la separación de la Iglesia griega y latina, sobre si las rencillas eran meramente disciplinarias o si mediaban discrepancias dogmáticas, me decía a continuación: —No extrañe usted que le haga estas preguntas, porque confieso paladinamente mi ignorancia; resulta bochornoso que en España, la nación de la Teología, los hombres públicos y los escritores ignoremos casi totalmente esa ciencia fundamental.

Don Alberto Gómez Izquierdo, competentísimo profesor de Filosofía en la Universidad de Granada, se lamentaba de esto mismo con frecuencia. Y en un folleto que dedicó a estudiar las obras filosóficas de Orti y Lara (1) al observar los pasos va-

(1) *Don Juan Manuel Orti Lara*, Granada, 1927.

cilantes del filósofo en sus primeros años de publicista, lo achacaba a la deficiente formación filosófica recibida durante su carrera universitaria. Más tarde se educó por propia cuenta en esta severa disciplina y fué el intrépido apologista que combatió tan certeramente contra Castelar, Krause y Draper.

Nada más oportuno a este propósito que unos pensamientos de Vázquez de Mella en uno de sus últimos discursos. Para alentar en las propagandas y polémicas a sus jóvenes oyentes les decía que la calidad intelectual de los adversarios no era para producir espanto... —Yo sé de uno, añadía para probarlo, que pasaba por docto y quería escribir un libro en que tenía que referirse a doctrinas religiosas, y no para combatir las, y pedía a un amigo mío que le diese una nota sobre lo que eran los Sacramentos y su número... Y yo mismo, discutiendo con uno de los librepensadores más encumbrados, cuando impugnaba los fundamentos de la moral racionalista, que quería sostener, noté su asombro —que no era menor que el mío— al ver cómo se extrañaba de que yo fijase las bases de la Etica en las relaciones trascendentales con Dios demostradas por la razón, cuando él creía que la Etica natural que afirmamos los católicos era una Etica sobrenatural, fundada en la revelación cristiana, confundiendo la ley natural con la ley de gracia (1).

Si el desconocimiento radical de la Teología no fuese un hecho tan lamentable como evidente, ¿cabría explicar las obras de Unamuno? El docto rector de Salamanca desea que perdamos la pista de su pensamiento; se enreda voluntariamente en una madeja de ideas divergentes y contradictorias, a fin de que el lector se desoriente. Y es entonces cuando Unamuno ha conseguido su gozo. Juega con el lector y le marea; su literatura es una literatura de escondite. ¡Claro está que con frecuencia se pierde él antes que el lector! Ha llegado la hora de explotar la contradicción, como quien golpea en la dura roca para extraer oro; y a la postre se refugia en la tienda de

(1) *Obras*, XX, pág. 308.

campana de su capricho, mientras fuera ruge la tempestad. Pues, ¿no es Unamuno el que ha tenido la osadía de convertir la contradicción en una bandera de gloria?

En el *Sentimiento trágico de la Vida* reconoce que se contradice. ¿Y qué? El «afirma contrarios, es un hombre de contradicción y de pelea... dice una cosa con el corazón y la contraría con la cabeza... Es la contradicción íntima precisamente lo que significa mi vida y le da razón de ser» (1).

¡Malabarismo literario! Al acercarse Unamuno —porque es una obsesión en él— a los umbrales de la Teología, no lleva más bagaje que la fiducia protestántica o algunas zarzas que en los laberintos que recorre ha logrado recoger de manos de Adolfo Harnack.

Nos preguntamos, pues, delante del *más dogmático* de los librepensadores españoles de hoy. ¿A qué hemos de atenernos? ¿Escepticismo? ¿Contradicción? ¿Antítesis literarias? ¿Escarceos filológicos? ¿Piruetas heterodoxas? ¿Afán de exhibirse? No lo sabremos precisar matemáticamente; pero *La Agonía del Cristianismo* no se escribe para dar combustible a la heterodoxia, sino para poner espinas en el corazón. Allí se agoniza y no se vence; y con una doble agonía, la etimológica y la moral que sacude nerviosamente sus páginas, no hay reposo suficiente para arribar a las cumbres de las afirmaciones dogmáticas.

En el terreno histórico sucede un fenómeno parecido. Américo de Castro encuentra descentrados en las letras castellanas a nuestros grandes místicos. Y la respuesta adecuada la da Salaverría, cuando nos enseña que los místicos españoles son el fruto sazonado, que no hubiera podido manifestarse sin la colaboración consecuente y múltiple de toda la raza. Y añade más adelante: «Esto es lo particular del misticismo español, que brota como una explosión natural, y no en casos aislados.

(1) Cap. IX, pág. 255.

Así resulta un fenómeno comprensible, puesto que en él interviene el alma entera del país» (1).

Y con relación a la crítica hecha por Unamuno y Ortega y Gasset en torno al *Quijote* y sus comentadores, no queremos hablar por nuestra cuenta; en el *Examen de ingenios* les ha puesto Icaza la siguiente apostilla: «Triste es que después de siglos no haya quien medio alcance a entender el *Quijote*; Ortega y Unamuno son los iluminados exégetas que creen que solamente ellos lo han entendido» (2).

No queremos prolongar estas consideraciones, que nos llevarían demasiado lejos a regiones que, Dios mediante, otro día hemos de visitar. Por hoy quede en claro que la escuela intelectualista no es escuela de heterodoxia.

¿Por qué? Porque ha vuelto las espaldas a la Teología; vive de duda y de ignorancia religiosa; profesa la *neutralidad* que proclamó solemnemente su fundador. Y así como el librepensamiento sólo existe cuando no se piensa, así también la neutralidad teológica y la ignorancia dogmática llevarán al escepticismo elegante o a la contradicción caprichosa, pero a la heterodoxia, no.

RAFAEL G. GARCIA DE CASTRO

(1) *Santa Teresa*, pág. 79.

(2) Apud Francisco Valdés, *Letras*, pág. 55.

La experiencia corporativa en Italia

¿Habrá sido el liberalismo solamente un paréntesis intercalado en la evolución política, económica y social del mundo? ¿Una anomalía histórica durante la cual, arrinconadas por mohosas, gastadas e inservibles las viejas fuerzas motrices del progreso social, ensaya el hombre otras nuevas y del ensayo deduce la necesidad de volver, si no a las inútiles y muertas, a unas que en el fondo reproduzcan el sentido espiritual que éstas tenían?

Porque sucede en nuestros días, cuando el liberalismo apenas cuenta aún con siglo y medio de vida, midiendo ésta desde su natalicio revolucionario en la Francia de fines del XVIII, que la experiencia liberal parece exhausta —más todavía en el terreno económico que en el político— y en inminencia de muerte, a la vez que se presentan boyantes, como si el pasado no las hubiera hecho morir, sino soterrarse para irse abriendo en las entrañas del tiempo un nuevo cauce que algún día aflorara otra vez en la Historia, las formas políticas autoritarias y las construcciones económico-sociales corporativas que el liberalismo destruyó.

Desde luego, la experiencia liberal en el terreno económico ha desembocado en una rectificación total de los principios que la guiaron en sus comienzos. Emprendida y desarrollada durante algún tiempo bajo los auspicios de individualismo económico, su propia dialéctica le ha conducido a formas y

métodos en que lo colectivo prevalece sobre lo individual. El capitalismo, que es la creación del liberalismo en el mundo de la economía, creció de manera tan rápida y gigantesca que bien pronto se vió forzado a salir de la esfera de las iniciativas y los esfuerzos individuales. Mientras el desarrollo capitalista —en la época de la superabundancia de materias primas, de los mercados abiertos a las máximas posibilidades del negocio y de la extraordinaria baratura del trabajo humano— pudo nutrirse fácilmente de las riquezas individuales, familiares a lo sumo, puestas en juego, la experiencia liberal en el terreno económico podía preciarse de haber sustituido con ventaja a la decadente y asfixiada economía del período anterior; pero, conforme la libre concurrencia se fué haciendo más aspera, más difícil, menos libre, y la conquista de materias primas —necesarias en proporciones cada vez mayores— exigía dispendios crecientes, y la apertura o el monopolio de nuevos mercados tropezaba con el incremento de la competencia, y el precio de la mano de obra —y, por supuesto, el de la maquinaria— subía en progresión casi geométrica, el capitalismo individual se sintió impotente para llevar sobre sus espaldas la pesada economía del mundo y hubo de acudir en busca de nuevas energías a concentraciones de capital, primero —haciendo nacer la sociedad anónima—, y a vastas organizaciones económicas —los sindicatos, los «truts», los «cartels», los consorcios— después, con lo que se abre una era capitalista en la que, realmente, aunque siga hablándose de individualismo económico, de libertad económica— de la libre concurrencia y de Estado liberal —testigo impasible hasta entonces de los hechos económicos, cuyo reino no era de él, hasta el punto de estar muy en boga el principio de que el Estado gobernaría tanto mejor cuanto más ausente viviera de esos hechos—, comienza a palidecer la estrella del interés privado y a brillar la de los intereses generales, a retroceder el individuo ante la sociedad.

Es muy cierto, porque es natural, que la sociedad está formando continuamente en su interior la estructura que ha de

tener el día de mañana. Un símil acertado de esta función permanente de la sociedad es el que la presenta en estado de preñez sólo interrumpida —con brusquedad, a veces, porque el pacto se produce anormalmente, que es el caso de las grandes revoluciones— por el natalicio del nuevo modo de ser que la sociedad ha ido gestando en sus entrañas infatigables. Cada período histórico, distinto, aunque heredero de su antecesor y, por consiguiente, con ciertas características de éste, elabora el que habrá de reemplazarle; pero la sucesión, aun si se hace revolucionariamente, no es tan repentina y total que no dé lugar a que en el cuadro de las viejas características sociales llamadas a desaparecer vayan presentándose las nuevas paulatinamente, como anticipaciones de su tiempo, del mismo modo que en el cuadro ya constituido por ellas permanezcan por algún tiempo las antiguas —en parte, al menos—, bien para desempeñar funciones útiles que la naciente organización social no puede asumir todavía con acierto, bien a manera de frenos que impidan avances demasiado impetuosos del joven organismo social.

Si desde estos puntos de vista contemplamos la época actual, nos sentiremos inclinados a coincidir con quienes la consideran como una etapa de transición entre dos edades históricas. La sugestiva opinión de Berdiaef sobre el advenimiento próximo de una nueva Edad Media, cuenta ya con muchos adeptos; pero, aparte de que Berdiaef, demasiado influido por los efectos de la revolución rusa, abarca las perspectivas del mundo moderno en un ángulo visual formado por el singular misticismo eslavo, exaltado frente al ateísmo soviético, y por la línea impresionante —a distancia sobre todo— de la nueva organización social que se ensaya en Rusia, lo que le lleva a establecer paralelismos exagerados entre nuestro tiempo y el de la ruina del Imperio romano, más bien parece que nuestra edad, la impropriamente, imprecisamente llamada por algunos Edad contemporánea, que sólo ha sido una breve etapa de la Edad Moderna, comenzada en el puente de los siglos XV a XVI y lejos aún de haber agotado su categoría histórica,



no sea el pórtico de la nueva Edad Media anunciada por Berdiaef, sino la salida de un rodeo que la Edad Moderna tuvo que dar mientras los hombres le preparaban, sobre el terreno político, económico y social, un camino que, enlazando con el antiguo y ya impracticable, le permitiera marchar con desembarazo y soltura en dirección al cumplimiento de sus destinos históricos, estorbado, en lo político, por el absolutismo monárquico; en lo económico, por la decrepitud y los abusos oligárquicos de las organizaciones gremiales, y en lo social, por el predominio y los privilegios injustos de la aristocracia, que había dejado de ser clase directora activa para convertirse en clase dominante parasitaria.

Apartar estos estorbos fué la misión específica del período, a punto de cerrarse, abierto por las revoluciones liberales. El mayor error del liberalismo ha consistido en no apercibirse de que venía a enmendar y no a destruir, a rectificar torceduras del cuerpo social y no a suplantarle con uno nuevo. Hizo o quiso hacer raza de todo lo antiguo, desconociendo que a la Naturaleza puede corregírsela, pero no eliminarla, y se puso a edificar un orden de nueva planta. «Chassez le naturel; il revient au galop». Lo natural no era ni el absolutismo ni el individualismo, ni la atrofia gremial ni el libertinaje económico, ni el privilegio aristocrático ni la prepotencia capitalista; lo natural, que en las postrimerías de la Edad Media, y más aún en los albores de la Moderna, parecía no estar lejos de lograrse, era la conciliación entre la autoridad del Estado y la libertad del individuo, entre los intereses de las corporaciones económicas y el interés general, entre la utilidad de las jerarquías y la independencia de cada una. El liberalismo, reacción desaforada contra los defectos orgánicos y funcionales de la sociedad en que aparecía, prescindió de lo natural. Sus construcciones, tan recientes aún, están ya agrietadas por todas partes. Y lo natural vuelve al galope. Las modernas tendencias sobre el Estado, las corporaciones y la colaboración de clases son manifestaciones de ese hecho.

* * *

Italia ha sido el primer país en que esas tendencias se han abierto paso hasta el Poder. Acaso fuera más exacto decir que han llegado a él cabalgando sobre una reforma que no les es consubstancial, pero que ha necesitado valerse de ellas para organizar el nuevo Estado. Nótese, en efecto, que el fascismo, apenas sin bagaje teórico en sus comienzos, es, ante todo y sobre todo, un movimiento nacionalista. Su origen no hay que ir a buscarlo en una corriente de opinión con base doctrinal mejor o peor definida, sino meramente en un ansia patriótica de dar a Italia unidad y poderío; su móvil no ha sido la realización de una doctrina sobre la naturaleza del Estado o los fines de la sociedad, sino la destrucción de realidades dañinas para la salud nacional, y su acción no se ha encaminado primordialmente a lograr objetivos de justicia social o, por lo menos, de equidad económica, sino a conseguir la aspiración de una Patria fuerte, valiéndose, para este fin esencial, como medios, de aquellos objetivos.

El fascismo viene a ser, en realidad, un segundo «rissorgimento» italiano o, si se quiere, la continuación, por otros caminos, según otros métodos, de aquel «rissorgimento» que el liberalismo emprendió en Italia después de las guerras napoleónicas, inducido y avivado, indudablemente, por ellas, y que no pudo consolidarse más que en apariencias políticas de unidad porque el liberalismo, por su esencia, es un elemento de dispersión y debilidad. Después de 1918, después de una guerra terrible que fué para la joven Italia, todavía demasiado tierna y endeblemente aglutinada como nación, esfuerzo agobiante, aunque de perfil victorioso, la obra del «rissorgimento» liberal se había moralmente venido a tierra. Italia era una gran potencia en el vocabulario político internacional; pero, internamente, era un pueblo en crisis, amenazado por múltiples causas de disolución. El fascismo tenía que rehacerla, y su finalidad, por consiguiente, no podía consistir sino en darle un espíritu nacional que la vigorizase. Por consiguiente, el fascismo había de ser predominantemente —y eso ha sido y es— un movimiento del más neto tipo nacionalista.

Claro que, por esta misma y genuina característica suya, el fascismo tenía que significar una antítesis radical de los principios que habían cimentado la Italia anterior a él. Y, como estos principios no eran otros que los del liberalismo, la posición teórica del fascismo —si cabe hablar de teorías en un movimiento tan pragmático— había de ser necesariamente la antiliberal. Mas esta postura antiliberal del fascismo no podía reducirse a un cambio, por hondo que fuese, en la esencia y los modos políticos del Estado. Cuando se habla de liberalismo, es frecuente no advertir en él más que una política; a lo sumo, unos postulados de corte más o menos filosófico y trascendente. Pero el liberalismo es un cuerpo de doctrina cuyas partes, tantas como aspectos tiene la vida del hombre civilizado y de los pueblos, no viven independientes las unas de las otras, sino unidas entre sí por el hilo de la teoría general. Quien es liberal en política no puede dejar de serlo también, sin contradecirse lastimosamente, en todos los demás órdenes de la vida, y, por supuesto, en las esferas de lo económico y de lo social. Recíprocamente, el antiliberalismo político tiene que determinar, en lo social y lo económico, una actitud idéntica.

No podía el fascismo escapar a esta lógica. Desde el momento en que, para dar grandeza a la Nación, se pronunciaba por el Estado autoritario, poderoso hasta el punto de hacerle consustancial con la nación misma, frente al Estado liberal, era imposible que no aceptara las demás consecuencias de su antiliberalismo. Acaso más en Italia que en otros países, el Estado liberal había engendrado la anarquía económica y la guerra social o se había mostrado impotente para reprimirlas. La historia de Italia, de 1918 a 1922, está marcada por un desquiciamiento económico formidable, causa y efecto, a la vez, de la gravísima subversión social de que todo el país es teatro en aquel período turbulento y caótico. Los grandes países capitalistas —Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, Francia misma— han logrado bajo el sistema liberal una solidez económica que les permite, aun con serias dificulta-

des, resistir la crisis desencadenada por la quiebra del sistema en las convulsiones de la gran guerra, y, sin embargo, alguno de ellos —Alemania— se ve abocado a la ruina y a duras penas logra evitarla por intervenciones quirúrgicas que guardan gran analogía con la experiencia fascista italiana; pero la contextura económica de Italia es débil y se abate por la presión de la crisis general propiamente dicha y por el ímpetu disolvente de las fuerzas revolucionarias que el Estado liberal ha, por decirlo así, amamantado a sus pechos y ya no puede frenar. Y, por esto, aunque la posición política antiliberal del fascismo no le obligara a situarse frente a esas consecuencias del sistema liberal, la implacable realidad italiana le impulsaría a marchar contra ellas.

Suele afirmarse —por los marxistas, especialmente, como es natural— que el fascismo nació y fué llevado al triunfo por una desesperada reacción burguesa ante el avance vertiginoso del movimiento obrero en Italia. Acostumbrados los marxistas a tratar de resumir las complejidades de la Historia en el escueto esquema de la lucha de clases, no pueden —o en ocasiones no quieren— percibir que, si, en efecto, la expansión y la victoria del fascismo se vieron notablemente favorecidas por la agitación revolucionaria obrera, que hizo acogerse a él, por más recelos que les inspirase, a muchos elementos socialmente conservadores, el movimiento fascista distaba mucho de ser una reacción burguesa y era, en realidad, la sublevación de casi toda la clase media —el sector más numeroso y culto de la sociedad—, unida a importantes núcleos del proletariado hartos de extremismos estériles, contra un estado de cosas que amenazaba con subvertir todos los intereses materiales y los valores morales de la Nación, acorralados entre la espada y la pared de las clases en guerra por la hegemonía social.

La clase media, en casi todo el mundo, y, desde luego, allí donde la experiencia económica liberal ha sido más decepcionante, ya no es el cogollo de las fuerzas con que el liberalismo pudo un día, no lejano aún, creerse dueño y señor

de la sociedad moderna; ha ido alejándose de él y desprendiéndose de las ilusiones que en él había cifrado, y, conservándose fiel a las ideas fundamentales —que el liberalismo le enturbió pasajeramente— de salud moral, de equilibrio y moderación y de amor a la Patria, si cada día se siente menos afecta a la condición, a que el liberalismo la redujo, de rodrigón del capitalismo, cada día también muestra mayor despego hacia las soluciones, que en algún momento la tentaron, de la revolución social. El fascismo ha sido la primera expresión política de esta doble repulsa de la clase media, contrarrevolucionaria, pero antiliberal también, o antiliberal por ser contrarrevolucionaria, ya que el liberalismo no es, en resumidas cuentas, más que el progenitor de la revolución social, vuelta precisamente contra él mismo.

Mas, por la preponderancia de la clase media en la formación y desarrollo del movimiento fascista, éste no podía menos de aparecer marcado en su fisonomía económica y social por el sello de la ponderación, del equilibrio de las clases sociales, de la colaboración entre ellas. Ni dominación capitalista ni dictadura obrera. Conciliación de todos los intereses individuales, de grupo o de clase, en el plano del interés general, del interés de la Nación. No había otro medio para llegar a ella que el retorno, cerrando el paréntesis, el ensayo, la desviación liberal, a la línea clásica de las organizaciones corporativas, desplomadas por la revolución liberal a causa del mal empleo que se les había dado, pero moralmente vigorosas aún para prestar aliento a un propósito sincero de convertir la Nación, desgarrada por la guerra civil de clases, en un consorcio de voluntades armónicas al servicio exclusivo de la Patria.

* * *

La primera tarea que se imponía al fascismo era de índole exclusivamente política: la conquista del Estado. Conquista no sólo en el sentido de asalto y dominio, sino también de

permanencia. La tarea, con todos los caracteres y las dimensiones de una empresa revolucionaria de largo alcance, por lo que no se cae en hipérbole al hablar de revolución fascista, necesitó etapas en que la preocupación política prevaleció sobre cualquiera otra. Estas etapas pudieran resumirse así: lucha por el Poder, desde la formación del primer «fascio» de combate hasta la marcha sobre Roma; lucha desde el Poder, desde este momento hasta la retirada de la oposición al Aventino; período de activa edificación del Estado fascista, una vez abatida toda oposición seria a él, hasta la promulgación, en diciembre de 1928, con fuerza de ley, de la «Carta del Lavoro», punto de partida de una vasta construcción social planeada sobre principios corporativos. Por lo menos, según una intención corporativa, pues la «Carta del Lavoro», en la que sólo una vez se habla del Estado corporativo, denominación incongruente, por cierto, con el carácter totalitario del Estado fascista, único del que cabe hablar en la Italia de ahora, contiene ideas precisas y claras sobre el trabajo y sobre las relaciones entre éste y el capital y las de uno y otro con el Estado, pero apenas hace más que insinuar las líneas generales del régimen corporativo a que habrán de afluir las asociaciones profesionales del tipo sindical.

Es, a partir de 1929, afianzado ya el sindicalismo fascista, sin posible contradictor, cuando el fascismo se decide a entrar de lleno en la experiencia corporativa. Ciertamente, no puede acusarse al fascismo de no meditar sus pasos. Tal vez consista la lentitud —relativa, claro está— de sus avances revolucionarios, en que el fascismo, sin tener filosóficamente ningún parentesco con el sistema aristotélico, se vale de un método en cierto modo peripatético para elaborar e ir asentando en la vida de Italia las concepciones del nuevo Estado. Conforme camina, las concibe, estudia, ensaya y realiza. Crea andando la doctrina, o, mejor que la doctrina, pues costaría trabajo concretar cuál es la suya, mezcla más que combinación de muchas doctrinas tomadas aquí y allá con un eclecticismo insuperable, las soluciones prácticas que la realidad le sugie-

re en el momento oportuno de resolver un problema. El fascismo no se apresura, como otras revoluciones, cargadas excesivamente de teorías y hasta de quimeras doctrinales, a destruir por destruir ni a edificar por edificar. Seguro de sí mismo, y acaso seguro de su perennidad, quién sabe si por el contagio de eternidad que adquiere todo lo que espiritualmente se nutre de Roma, el fascismo se mueve con calma, gran condición para moverse con firmeza. «Chi va piano, va sano; chi va sano, va lontano».

Así, aunque la Corporación no falte desde el primer momento en el borrador del Estado fascista, y tenga en éste un relieve singular el ministerio de Corporaciones, y haya una profusa y por lo general excelente literatura sobre organización corporativa —permítaseme señalar con especial elogio los estudios de Barassi, Rovelli, Raggi, Marsili-Libello, Carlo Emilio Ferri y Francesco Vito, agrupados en la publicación «Problemi fondamentali dello Stato corporativo» de la Universidad Católica de Milán—, esta organización no aflora, y para eso desde arriba, hasta que las deliberaciones del Gran Consejo Fascista, supremo areópago del régimen, no dan paso a la ley de marzo de 1930, que faculta al Consejo Nacional de las Corporaciones para que éstas se formen y adquieran personalidad jurídica.

Más aún han de pasar cuatro años antes de que el corporativismo fascista sea una realidad, pues hasta noviembre de 1934, en la asamblea de los consejos corporativos, no pronuncia Mussolini el «fiat» que inaugura la existencia activa de las veintidós corporaciones formadas ya. Sin embargo, es un año antes, en noviembre también, y asimismo por la palabra de Mussolini, cuando el régimen corporativo italiano entra en su fase resolutive. La reunión plenaria del Consejo Nacional de las Corporaciones adopta por aclamación la siguiente propuesta del «Duce», que al día siguiente será el tema de un discurso, justamente calificado de histórico, que pronunciará Mussolini. La propuesta dice así:

«El Consejo Nacional de las Corporaciones define éstas como el instrumento que, bajo la égida del Estado, realiza la disciplina integral, orgánica y unitaria de las fuerzas productoras con el fin de desarrollar la riqueza, el poderío político y el bienestar del pueblo italiano.

»Declara que el número de corporaciones a crear para las grandes ramas de la producción debe ser, en principio, adecuado a las necesidades reales de la economía nacional.

»Establece que el estado mayor de la corporación debe comprender a los representantes de la administración del Estado, del partido, del capital, del trabajo y de la técnica.

»Señala como tareas específicas de las corporaciones las de conciliación y asesoramiento, obligatorias en los problemas de mayor importancia, y, por mediación del Consejo Nacional de Corporaciones, la de dictar leyes reguladoras de la actividad económica de la Nación.

»Se remite a la decisión del Gran Consejo Fascista para los posteriores desarrollos, en sentido político y constitucional, que deberán producirse como consecuencia de la constitución efectiva y del funcionamiento práctico de las corporaciones.»

Mussolini, en el discurso del día siguiente, que es forzoso conocer y comentar para comprender el sentido de la experiencia corporativa italiana, de lo que en otro ensayo sobre esta cuestión prometo ocuparme, afirmó que, así como con la creación del Gran Consejo Fascista se había enterrado al liberalismo político, con la declaración sobre las Corporaciones quedaba enterrado el liberalismo económico. Sin embargo, un año después, cuando ponía en marcha la nueva organización corporativa, formulaba numerosas reservas sobre la eficacia del sistema que se inauguraba. No había que esperar de él milagros inmediatos; no había que esperarlos en modo alguno si, sobre todo, continuara el desorden político, económico y moral que sufre el mundo.

El milagro —agregaba— no pertenece a la Economía. Hay

que prepararse para una fase experimental más o menos larga, y, en cuanto al rendimiento, habrá que contar no sólo con la eficacia de las cosas, sino también con las indispensables rectificaciones en la mentalidad de los hombres y en su selección cuando hayan sido probados.

¿Qué desenvolvimiento —preguntaba por fin— podrá tener la organización corporativa en Italia y en otras partes desde el punto de vista de la creación y la distribución de los bienes? Sería prematuro decirlo. «Estamos en un punto de partida, no de llegada.»

En el corto espacio de un año, parece haberse enfriado el entusiasmo de Mussolini por la organización corporativa. Desde luego, Mussolini percibe, como hombre que siempre está situado de cara a las realidades, la dificultad de que una ley, por excelente que sea, modifique de pronto la mentalidad nacida y desarrollada en un ambiente distinto del que la ley trata de crear. El desonaje del liberalismo económico no puede ser solamente una cuestión legal, sino también un problema de reeducación de las clases que intervienen en el curso de la vida económica. Sobre todo, de las clases directoras, que acaso sean en Italia las menos permeables, hasta ahora, a los cambios de orientación —especialmente, en el terreno económico-social— marcados por el fascismo. Mussolini no desconoce la lentitud con que se transforma la mentalidad de los hombres.

Por otra parte, el «Duce» italiano percibe —como la han percibido en Rusia desde distinto punto de vista— otra dificultad, quizá más grave que la anterior, con que ha de tropezar la nueva ordenación de la economía italiana. Y es que hoy como nunca viven las economías nacionales en una dependencia inevitable, determinante de recíprocas influencias, respecto a las de los otros países. Italia no se puede sustraer al hecho de que en gran parte del mundo la vida económica está demasiado influida aún por los principios del liberalismo económico, por muy desvirtuados que hayan sido a causa de sus íntimas contradicciones y de las necesidades impuestas por

la difícil época de crisis en que vivimos. Los bolcheviques rusos hablan con frecuencia del obstáculo tremendo que para la realización de sus aspiraciones máximas significa la existencia de la Unión Soviética rodeada del mundo capitalista. A su vez, Mussolini podría hablar —y, si no lo dice, lo piensa, de seguro— de los obstáculos que la economía corporativa italiana ha de encontrar en un sistema mundial que —Rusia exceptuada— se rige todavía, en el fondo, por las normas del liberalismo económico.

Pero, además, puede ser que Mussolini sólo haya aceptado el corporativismo a título de ensayo. Y no ya porque Mussolini, que está lleno de empirismo, carece de principios apriorísticos, o apenas tiene alguno, y se guía en casi todo por la experimentación, sino porque el corporativismo no es una elaboración fascista, aunque en su aplicación italiana —la primera que se intenta de una manera formal y a fondo en nuestra época, lo que ya es motivo sobrado para que Mussolini la mire con toda prudencia— haya sido sometida por el fascismo a variantes, como hemos de ver, que hacen de ella, más que una base de organización nacional, un engranaje complementario de la máquina política que es el Estado fascista. Movimiento predominantemente político el fascismo, no tenía puntos de vista propios fuera del terreno de la política. En el de la economía, tuvo que apropiarse los del corporativismo, acaso únicamente para experimentarlos en función de su posible utilidad a los fines que el régimen fascista se ha propuesto. En todo caso, la experiencia corporativa italiana no ha hecho apenas más que comenzar, y por el momento es arriesgado atribuirle un brillante porvenir inmediato. Es, desde luego, altamente sintomático el hecho de que, habiéndose insinuado, incluso por el propio Mussolini, la sustitución de la Cámara de los Diputados —«que ha llegado a ser, ha dicho Mussolini, un anacronismo, que lo es hasta por su nombre, que es una institución extraña a nuestra mentalidad y nuestra pasión de fascistas»—, no parece que la tendencia sea a reemplazarla por una Cámara corporativa. En todo caso, esta

Cámara —Francesco Rovelli ha hablado clarísima y tajantemente sobre el particular— no sólo no podrá tener funciones políticas, sino que aun en el aspecto legislativo, si se le conceden algunas facultades «por conveniencias de descentralización», habrá de ser únicamente en la esfera de los intereses económicos y sociales de su competencia, pero siempre «en coordinación con las directrices de la actividad política estatal». ¿Verdad que no es esto muy a propósito para que pueda hablarse de un Estado corporativo?

OSCAR PÉREZ SOLÍS

P a n o r a m a

LAS LEJANÍAS DE LA PAZ

En una felicísima comedia de los hermanos Alvarez Quintero actúa un personaje cuyo propósito es el de escribir un drama, y como es hombre triste y envuelto por las amarguras de la escasez, lo ve todo negro y declara que si —por ejemplo— se pasea por el Retiro y advierte una nube de mosquitos, piensa inmediatamente en los estragos del paludismo. Sucediéndole así en cada episodio grande o pequeño.

Hoy también nos ocurre a los ciudadanos del planeta que, con motivo de la tan discutida y voluminosa crisis del mundo, se nos ha desarrollado una protuberancia en los mapas del pensamiento, la cual nos impone su discurso dramático y su visión lúgubre. Vamos contagiándonos todos de ese «disco» alusivo a los fenómenos universales, y hasta en las más breves colaboraciones de prensa o disertaciones de tribuna o conversaciones vulgares aparecen esas síntesis catastróficas en tipo de serie, que se consideran indispensables para ser hombre de actualidad. Con cuyo tema resultamos —la mayoría de las personas— lo que resultan las vihuelas que acompañan a las representaciones del teatro chino: un rún-rún monótono de pesadilla. Porque todos los «discos» vienen a decir casi lo mismo. Sin embargo de lo cual, los disertadores padecen la obsesión de que la mayoría de los compatriotas no viven

tan al tanto como ellos de lo que ocurre en los espacios de la tierra y en la Liga de las Naciones.

Si estos hábitos circunstanciales de la época no tuviesen otro inconveniente que el de entristecernos y el de convertirnos en barbas declamatorias, menos mal. Porque los que obtenemos —como consecuencia de tantos problemas en revolución y de tantas noticias y comunicaciones aéreas— la moraleja del personaje quinteriano y nos situamos en calidad de espíritus pacíficos y pesimistas, limitándonos a pedirle a Dios un poco de misericordia, sacamos algo en limpio de esas crisis multiseculares. Pero es que muchos, muchísimos de los que manejan el tema cosmopolita, resuelven sus dudas con los puños cerrados o con el brazo a la romana, y van quedándose —para el archivo de los tópicos buenos y malos— los conceptos de la paz fecunda, de la dignidad de cada hombre, de los bienes integrales y de la torpeza de todo nacionalismo fanfarrón. Panorama de muy mal cariz en el aspecto profético de los sucesos. Indudablemente, hay un predominio gimnástico y un egoísmo de mamíferos que rompe toda clase de relaciones con la condescendencia. Desde el punto de vista de lo que llaman ahora «catolicidad», estamos perdidos. Entre los ópalos del razonamiento intelectual, que convierte a los principios netos y fuertes de San Pablo en fonética literaria, se adelgazan los propósitos del deber, porque ya no rigen los mandatos eternos. Escribe Cicerón que «para seguir una conducta uniforme, es necesario tomar, como punto de partida, un principio invariable...». El punto de partida le hubo, pero dejó de haberle.

Se habla de todo menos de la paz. Entendiendo por paz el deseo franco de los hombres y no los cartapacios de Ginebra o los formularios de química destructiva. Dicen algunos ortodoxos de ahora —de esos que maniobran en el estilo de campaña perpetua— que los católicos somos una milicia y que no tenemos otro remedio que rompernos la cara con las milicias enemigas. Lo cual es un poco distinto a lo que nos ha-

bíamos creído algunos ciudadanos tranquilos. Porque el exponerse a la violencia de los demás y el admitir como único fin de lucha el triunfo de la justicia religiosa, bien está. Pero el considerar que los medios legítimos de desenvolvimiento sean los de la guerra colectiva, las matanzas bárbaras, el culto a la raza y el orden imperialista a base de escuadrones cívicos..., el considerarlo así, no tiene explicación y produce un vivo deseo de escaparse a la luna.

Resulta, además, que cuando los propagadores de la barbarie acaban con sus razonamientos contemporáneos, acuden a la Historia y sacan —de cada episodio ilustre de aquélla y de cada una de sus adversidades— la conclusión de que los antepasados pensaban como ellos y de que tenemos necesidad de pelear. Igualmente citan palabras de los hombres insignes, con tal de que estén muertos. Sin embargo, aunque los episodios históricos sean —en su intención— distintos a lo que se pretende, y aunque los juicios del pensador a quien se refiere el protagonista sean —intrínsecamente— opuestos al criterio de aquél, es imposible negar lo que afirman los oradores o los articulistas. Porque ni la Historia ni los hombres muertos pueden decir una palabra que rectifique los deseos del que habla. Lo único cierto es que los episodios antiguos y los talentos más o menos inmortales sirven para garantizar a todas las doctrinas del mundo.

Me parece que es Chejov el que dice que en la formación de los pueblos se empieza por la lucha y el odio. Un hombre edifica una casa en un despoblado y, al poco tiempo, si tiene suerte en su soledad, se edifica otra casa, que va a disputarla sus ganancias. Hasta que se forma un pueblo creado por malas intenciones... ¡Triste cosa!

LOS ESTRUCTURADORES

Hace un siglo, los españoles jóvenes se dedicaban a jugar al billar y, a veces, se entregaban al entusiasmo de la conspiración, arrastrados por las inquietudes de la época y por los

himnos a la libertad. Todo ello con estilo chispero, ambiente provinciano y gallardías generosas. Años después se convirtieron las libertades en actas del Congreso, pasando a éste los jóvenes rentistas y los que gobernaban cacicazgos, y acogíendose —los más sensibles— a la penumbra intelectual, en la que saturaban su conciencia de pesimismo artificial y de traducciones europeas. Hasta que sobrevino el desnivel terrestre que nos conduce río abajo, y nuestros jóvenes, impresionados por lo que oyen e impresionables por naturaleza hereditaria, se lanzan a otro ejercicio verdaderamente majestuoso y olímpico, que consiste en «la estructuración de nuevos Estados». He aquí la forma de entusiasmo que nos caracteriza. Ya no se piden altos cargos ni se pretenden carteras de ministros. Ministro lo es cualquiera. Hoy —los ciudadanos que presiden grupos de opinión o simples tertulias intencionadas— únicamente aceptarían el puesto de jefes de Gobierno, desde el que pudieran «estructurar un nuevo Estado».

Claro es que en España tuvimos una «estructura» que nos universalizó, y claro es también que poseemos un Estado secular y plétórico de recursos jurídicos y consuetudinarios con el que —añadiendo buena voluntad y un poco de patriotismo— lo tendríamos todo resuelto. Pero no hay tiempo para tantas cosas ni hay modo de ser algo sin el propósito de «estructurar» y de pronunciar discursos a base de cierta filosofía baratísima, en la que juegan las palabras «totalitario», «estaticado» y otras de su mismo abolengo polisílabo, y frases de literatura burocrática y de enciclopedismo desteñido, como las de «el hecho católico», «el fenómeno social», etc., etc.

La vida pública de la mayoría de las naciones se desenvuelve tristemente. Es verdad. La confusión de los principios toma carácter de amenaza, y las pretensiones «estructuradoras» toman a su vez estado parlamentario. Los hombres jóvenes tuvieron siempre la idea de ser ellos el auténtico y definitivo punto final, empeñándose en arreglar el mundo, hasta que los años incendian la hojarasca y dejan los troncos descu-

biertos. Sin embargo, en el saldo fonético de este período, las pretensiones van siendo insoportables y el idioma se va llenando de raíces de hoja de lata. Nunca fué la humildad patrimonio de las juventudes (incluyendo en éstas a los que se consideran jóvenes sin serlo); mas ahora, alcanza la soberbia proporciones inusitadas, como si fuese el desvarío de un pueblo sin patriarcas, en el que a ninguno, absolutamente a ninguno de los ciudadanos, se le respeta de manera completa. Y ante aquellas proporciones que bordean el peligro de una barbarie desatada sobre multitudes que hablan de higienes y de estafas, que golpean en máquinas de escribir y que se aturden con los zumbidos de la radio, tenemos que preguntarnos dónde empieza la «estructuración». Si empieza en los once siglos cuyo báculo fué labrado por Alfonso «el Casto» al trasladarse desde Cangas a Oviedo, o en los nueve que se apoyan en el pecho del Cid, o en los cinco que nacen del brillo de las arras que llevaron a su matrimonio Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. Porque, de no apoyarse en el recuerdo de algo grande, no creo que podamos tener esperanzas de que «el nuevo Estado» nazca de las disputas chismográficas, ni de los furores de la mayoría de los propietarios en cuanto (para poner en práctica los temas de la justicia popular) se les pide dinero o se les molesta con jurisprudencias equitativas. Tampoco ha de nacer de los saludos a la italiana, o a la alemana, o a la rusa, ni de las ametralladoras de asesinos, ni de las pistolas de los señoritos, ni de las codicias repugnantes, ni de las oratorias de cartón... Sólo nacería —renacería— de ciertas humildades varoniles que nos dispongan a sentir a la patria con el augusto silencio del deber, empezando por lo más pequeño. Por ejemplo, cuando usemos el «Metro», acostumbrarnos a entrar por el centro y a salir por las puertas laterales.

POLITEÍSMO

A la simple vista distinguimos —en el campo cuadrículado de los ortodoxos que practican la oportunidad— cuatro dioses. Es posible que haya más, pero los que se distinguen claramente son cuatro.

Uno de ellos —el más ornamental—, es un Dios magnaticio, que sólo se entiende con algunos amigos. Viste de seda y terciopelo, usa casco plumífero, ciñe un gran espadón y se pasea por sus extensas propiedades. Este Dios divide al mundo en vencedores y vencidos, atiende a la multitud por compromiso, no tolera intromisiones en sus fincas y no se preocupa de que sus gentes vivan o no vivan con arreglo a ciertos mandamientos que él escribió una vez. Lo único que le interesa son las jerarquías, la visión externa de su hueste y el sentido imperialista de su preponderancia. Su doctrina sensata consiste en respetar la dicha de los afortunados y en conservar el orden público a base de ejércitos lujosos, y deja a sus fieles en libertad moral y material, siempre que defiendan su ley con privilegios seculares, con peluquines blancos y con digestiones pompeyanas.

Otro de los cuatro dioses vive aposentado en un campo litúrgico, y no es fácil comprenderle de buenas a primeras. Este Dios no se enfada ni dice cosas muy rotundas. Se limita a sonreír y condena todas las estridencias. En cuestiones de justicia distributiva es avanzadísimo, y lo primero que recomienda a sus partidarios es que no se asusten de nada. Pero ofrece, sin embargo, una dificultad: la dificultad de que no dice nunca sí o no. Es un Dios protocolario y culterano —a veces con hábito de peregrino y a veces con púrpura— que no permite que se le hable directamente ni que se le interprete con demasiada sencillez. Este Dios, en fin, tiene calma y aconseja a sus fieles que se parezcan mucho los unos a los otros.

Luego hay otro Dios, apacible y desapercibido, al que

respetan muchos hombres también desapercibidos y también apacibles. Este Dios no encierra más que un solo concepto y una sola palabra: orden. Quiere orden sea como fuere. Un orden que permita a sus amigos vivir tranquilos, conservando a la humanidad bajo los errores históricos y bajo la angustia multitudinaria, ya que así lo encontraron los que tienen la suerte de disfrutar ventajas positivas. ¡Orden! Nada más. Este Dios no sale de su tema.

Por último; hay otro Dios, ceñido y demagógico, al que invocan algunos ciudadanos propensos a la exaltación, que han oído campanas y no saben dónde las oyeron. Ciudadanos dinámicos que todo lo convierten en sustancia agresiva. Este Dios se pasa el día dando vueltas alrededor del lago Tiberiades, esperando a que crucen gentes decorosamente vestidas para echarlas al agua. Es arisco y dramático, y casi siempre está solo, porque los partidarios acaban haciendo tal cúmulo de atrocidades, que no hay quien se entienda con ellos.

¿El Dios del Evangelio?... Algunos creemos que ése es el único y verdadero Dios, y si se empeñan en hacerle la competencia los otros cuatro, tal vez se decida a sentirse Todopoderoso, y entonces...

FORMAS Y RECUERDOS

Las formas históricas de lo monumental, lo mismo que las leyendas de lo pintoresco, se sostuvieron como divinizadas por el milagro exclusivo de la dificultad. El aislamiento crea fantasmas —como las tinieblas, las antiguas arquitecturas militares, las criptas de los abadengos y el aldeanismo integral—, y las civilizaciones de gran influjo persistieron como causas de la conducta humana. Hasta que la tierra se ofreció a los catalejos, a los trenes, a los vapores, a las aeronaves, y todas las formas se paralizaron, como los leones amarillos y los osos blancos, llevados del calor al frío y del frío al calor. Desecha la dificultad y vencida la lejanía, se acaban los misterios

y se dan las vueltas al mundo en viajes de tranvía. Dice Goethe que «resulta más artístico imaginarse las cosas que verlas en su volumen y en su luz, siempre inferiores al deseo». Evidentemente. Cuando se pensaba en las fisonomías de los templos aztecas o en las pagodas chinas o en los monumentos asirios, babilónicos y mesopotámicos, o en los valles egipcios, o en los palacios indios, o en los maneceres carlovingios..., ¡qué sueño de goces inasequibles! Después, nada. Todo al alcance de la mano, todo en marcha europea, todo a la vista, todo descuartizado para servir a las exposiciones en lotes y a las pantallas en imágenes vivas...

Hasta aquí las formas ejemplares de ayer. Pero, ¿y las de hoy? ¡Qué desolación! Si os halláis, verdaderamente solos, en uno de esos edificios modernos con galerías hidroterápicas y salones suntuosos que encierran a un determinado Ministerio, Banco, Delegación, Tribunal, Academia, Casino, Cámara, etcétera, etc., os veréis perdidos en el inmenso espacio de corredores con antesalas y despachos entreabiertos. Dormitan los conserjes en cada vértice de los ángulos arquitectónicos. Preguntáis por un señor indefinible y os contestan que no va casi nunca, pero que podéis esperarle. Esperáis y os adormecéis, acabando por no saber concretamente el motivo de vuestra visita. Os sentáis en uno de los innumerables despachos del edificio, todos vacíos, como el que os ha correspondido. Los muebles son nuevos y huelen a barniz. Sobre la mesa veis agrupados los elementos de la civilización intelectual, presididos por el teléfono. Los lapiceros con la misma punta que los sacaron en la tienda, los bloques de hojas sin estrenar, la papelera sin papeles, la carpeta con su piel intonsa, los tinteros y níqueles como se hallaban en el escaparate... El sofá y las butacas —bárbaramente cómodos— tapizados con yute de alta calidad, la librería con libros ilegibles de estadísticas encuadernadas, los cuadros —de asunto infeliz— con marcos de molduras barrocas, el reloj siempre parado y el almanaque tan parado como el reloj. Es de día, pero la luz de la lámpa-

ra central está encendida... El ahorro... Suena el teléfono... Calla... Vuelve a sonar... y así continúa durante las dos horas que esperáis sin que nadie se acerque al aparato para contestar a sus llamadas de furia incógnita... Al mismo tiempo suena el timbre de la casa con larga desesperación y —sobre una mesa redonda— habla el estuche de una radio de cosas inútiles, mezclando las noticias con las charangas y armando estrépitos absurdos de acuerdo con el teléfono y con el timbre... Allí hay de todo, menos vida legítima. Es un saldo de formas, sin alma que las acentúe. El señor indefinible que esperáis no viene, como tampoco van los otros señores que corresponden a los otros despachos... La forma de este tiempo ha llegado a vivir sola —como el esqueleto de un órgano— colgada de la ciencia automática... Escucháis con atención y oís a un conferenciante vulgarizador que habla de formas históricas y difunde su voz por todos los ámbitos del país y por todas las estancias donde deben oírle señores que no le oyen... En vista de lo cual, completamente desesperanzados, abandonáis el edificio como si fuese una barraca llena de fantasmagorías industriales.

¿Son ciertas las trascendencias de la forma? Ciertísimas. Tan ciertas como que ellas hacen al mundo, después de que el mundo las iluminó con sus principios. Sin embargo, cuando su destino se cumple y cuando se vacían de contenido, no pueden volver a llenarse nunca jamás. Las formas —en sí— no son nada, y cuando los hombres las dominan y las archivan, se cansan de ellas y vuelven a empequeñecerse dentro de sus países y a vigilar sus límites imperiales con el furor sanginario de los nacionalismos incubados en la Prehistoria.

Las formas «sorprendidas» después de su muerte, con el cuerpo desnudo, se ruborizan con rubor cosmológico, como la luna de Obtesoff saliendo por detrás de las malezas, enrojecida por la vergüenza. No tienen misiones que cumplir ni régimen de actividades que desenvolver y quedan acomodadas en la plástica, donde sirven de perspectiva para los des-

files ciudadanos y las modas cíclicas. No atribuyamos, por lo tanto, a las formas un espíritu que las abandonó cuando ellas pretendieron desvanecerle con su reino de cuerpos quietos y de signografías silenciosas.

Las formas han servido —y sirven cada día más— de apoyatura para unos hombres que quieren vivir sacando la cabeza del agua y que usan de ellas como de los salvavidas. Hombres que son fariseos en bote, lo cual —fuera y dentro de la política— lo practican la mayoría de los ciudadanos. ¡Tal vez los viejos puedan ver todavía, en este período paupérrimo de mediocridades directoras, la desaparición de todo el argumento escenográfico! El espectáculo es muy pobre y, verdaderamente...

MONASTICISMO

En el número 2 de esta Revista hay un breve artículo del maestro Carlos Pereyra, sobre *La Medicina y Farmacia en Guadalupe*. Como todo lo que escribe Pereyra, el artículo es una advertencia elocuentísima, de mérito grande, hecha por un hispanoamericano. Porque Guadalupe es la columna de la unidad castellana y aragonesa, la cancillería y el templo de las bodas de Doña Isabel y Don Fernando, el núcleo de enseñanza que originó la transición del gótico en la maravilla de Cáceres y en la ciudad baja de Trujillo —la alta es románica— y el baluarte de las relaciones entre España y las Indias, a las que dió luz y Patrona —la Virgen de Guadalupe, de Méjico— y a las que dirigió desde la Península con sabiduría, con influjo y con regalos tan egregios como el envío de héroes eternos en los cuerpos de Cortés y Pizarro.

Habla Pereyra de los nombres que ensalzaron a las escuelas guadalupenses de Medicina, Cirugía y Farmacia... ¡Cuántas horas hemos pasado algunos en el deslumbramiento de las artes de Guadalupe! El claustro mudéjar, el frontal de Borgoña, las puertas conopiales, el encastillamiento de las ruinas de cerámica parda hechas un libro de horas, la rica documenta-

ción que nos puso delante de los ojos aquel vivir excelso del monasterio y de la puebla... Las estancias, que han sido academias de miniado —después del primitivo de Santo Toribio de Liébana, antecesor de las escuelas irlandesas—, los que fueron hospitales, procuradurías, orfebrerías, aulas filosóficas, talleres de pintores geniales, celdas del glorioso abadengo, patios de meditación y regocijo, poblados —antaño— por centenares de monjes, de novicios, de legos, de estudiantes, de personajes magnaticios, de amigos y devotos, que formaban una población monástica de millares de gentes... Salas en que vivieron reyes y príncipes, secretarías nacionales, paraninfos de sabios y de jurisconsultos que estudiaban en Guadalupe... Bibliotecas enormes, legajos de todo el universo, códices ejemplares... ¡Guadalupe en su vida plena —Siglo de Oro español, XV-XVI—, con abad de señorío completo y puebla con miles de habitantes...! El santo Padre Yáñez, Fray Pedro de Jerez, Fray Gonzalo de Oña, el Mayordomo Juan del Corral, el Abad Juan Serrano y el venerable Pedro de las Cabañuelas, el del milagro de la Misa eternizado por Zurbarán en uno de sus ocho lienzos admirables... Juan de Zamora, Gonzalo de Madrid... Peregrinación de Alfonso V de Portugal, beltranejos e isabelinos, grandezas del priorato de Fray Juan de Guadalupe, el Colegio de Humanidades, las industrias que enriquecían la comarca, el Hospital de las Bubas, la Beneficencia, la Caridad inagotable... El Cirujano Francisco de Arceo, los Médicos Sanz de Lara y Logrosán, el Licenciado D. Blas Díaz, el Maestro Pero, Juan de la Parra, el Farmacéutico Solís y el famoso Fray Gonzalo, el Físico; Fray Pedro de Guadacanal... Los rebaños, los montes de pastura, los campos de cereales, los olivares, los caseríos, los albores de la Sociología en contratos luminosos y en cooperaciones inimitables... Los judaizantes, los castigos enérgicos y los premios magníficos, la ordenación de los mendigos, las caravanas que cruzaban —en estrella— el paisaje varonil y profundo y convergían en el Monasterio en petición cosmopolita de misericordia... Noticias de todo el

mundo. Centralización —en el Abad— de millares de pleitos. Orden jerónima en penitencia, que se ofrece entera a su destino. Oros y órganos en el templo. Rebullir de colmena. Misiones de la Corte, préstamos al Emperador Carlos V —huésped del Monasterio—, ir y venir de embajadores, de enfermos, de huérfanos, de ancianos, para refugiarse bajo las bóvedas de amparo. Tribus de frailes recorriendo las montañas en busca de plantas medicinales para la Farmacia —la mejor de España—, nutrida con esencias de jugos nítidos... Operadores que estudian y llevan desde Guadalupe su saber y destreza... Labradores y enriquecidos del contorno, que —a la sombra del abadengo— se alzan en bienestar y visten a sus hijas con telas de alto precio y *corpiños de oro*... Ciencias, Letras, Teología, Gramática, Lenguas muertas, investigaciones insaciables... Edificios que se añaden, torres amuralladas que se levantan, iglesia nueva, imaginerías celestes, lienzos mágicos, esmaltes, tapices, celdas pobres en las que sólo vive la llama de la fe soberana y el ansia de la redención... Las sorpresas del mudejarismo, entronizado en el claustro asombroso y celeberrimo y trenzado en los rincones del ámbito guadalupense, en juegos con la luna, con el gótico empalidecido y con los anuncios del barroco... ¡El triunfo castellano! Guadalupe en Cáceres, como Sigüenza en Huesca, son las onzas de lo nacional. Generaciones de teólogos, que sabían vivir sin el silogismo de lo peripatético. Creían en Dios y convertían el círculo de un monasterio con su pueblo en una verdadera nación con leyes, costumbres, cultura, gobierno de los verdaderamente buenos, y formas con valor secundario... Por tener esa brújula tan firme descansaron en Guadalupe las luces del pensamiento castellano, de esa Castilla que nos dió todo lo que tenía —ingenio, valor, nobleza, tierras de Indias, códigos inmortales, nombre universal, paisaje de cenobio—, como las almas castellanas de ayer y de hoy —y un esqueleto de monarca popular (un monarca, cada castellano), que —como los patriarcas de Israel— pernoctaba en las chozas con túnica de mendicante. Esqueleto que es ya un espíritu con carne de idealismo.

¡Monasterios de vida absoluta, fuegos de una tierra que nunca pidió nada y que continúa sin pedirlo! ¡Tierra cuyo estandarte —sin necesidad de que divinicemos a formas que serán siempre transitorias— flameará sobre este pueblo cristiano y español, que —circunstancialmente— ha dejado de serlo. Estandarte sin lema —¡misericordia de los lemas!—, que sólo pretende paz honrada y odio a todas las faltas de sinceridad.

Yo he leído la lista del festín que los Reyes Católicos ofrecieron en las bodas de Doña Juana y D. Felipe. ¡Lista de nabos y carnero, en diversos modos, y contrastando con el mercado de tapices de Medina del Campo, que era el mejor del mundo!...

TEOLOGÍA

Estamos en iguales circunstancias que estaban los analíticos teutones del siglo XVIII. Perdida la reciedumbre de los Evangelios, quieren muchos ejercitarse en disputas que recuerden las del Doctor Angélico y Duns Scotus. Pero esta labor de minorías no puede pasar del academicismo. El concepto guadalupense representa la fortaleza de un ideal completo. Primero los Evangelios y la sinceridad de la conducta, y luego la fronda teológica. Hoy no se sabe una palabra de las predicaciones de Jesucristo —nubladas y alejadas por la literatura ortodoxa— de las cuales ha nacido la Teología. Las conductas se desdobl原因, la vida es mahometana y se busca, en este desconcierto infecundo, la «forma» intelectual. La distinción metafísica y el juego del discurso, que es lo que Cristo abominaba. Porque la Teología pura es el nimbo de un Dios indestructible, y la Teología docta es inútil sin el Sermón de la Montaña. Primero creer humildemente en Dios y conseguir que crean los demás al vernos a nosotros cumpliendo lo que decimos que creemos. Luego, cuando los que mandan y los que obedecen «vayan a Misa y lean la Escritura como niños con fe», levantaremos universidades teológicas y sabremos lo bastante para no ser indignos de nuestro abolengo nazareno.

BURGOS

Llegamos. Aquí está España, antes del Cid, en el Cid y después del Cid. Individualidades, fe robusta, campos humildes, catedrales gigantescas, ingenios peregrinos, brevedad de intereses, poder de creación, almas con el ramaje libre elevándose sobre altares cristianos y sobre vidas francas y leales. Dirigir, para sacrificarse por los dirigidos. Pensar, para el bien de todos. Huir, de la mentira... Hablaremos de la visión de España, desde el campo de Burgos.

Tengamos la seguridad de que la Historia no sirve para ser buenos. Recordemos sus páginas, pero no nos hagamos la ilusión de que en ellas corren brisas de milagrería. La Historia es muda y quieta. Hay que vivir en plena actualidad, trayendo a nuestros días las virtudes —grandes y dolorosas— de tiempos claros que se encontraban a sí mismos.

Con más orden y menos prisa panorámica discurriremos acerca de nuestro nebuloso porvenir.

VICENTE DE PEREDA

COMUNICADO FRANCES

Atalaya del Weltgeist

Momentos en la actualidad política

COMUNICADO FRANCES

La posición política actual de Francia, en el interior y aún más en el exterior, es, indudablemente, difícil. Sin embargo, en las últimas reuniones, el horizonte visible se aclara.

El conflicto abisinio, inevitable por voluntad de Mussolini, sostenido por un pueblo caldeado, parece tiende hoy a ser exclusivamente colonial, y todo peligro de conflagración europea, por lo menos desde el punto de vista militar, parece evitado.

Este apaciguamiento ha sido debido, en gran parte, a la política seguida por M. Laval, sinceramente deseoso de conservar la amistad italiana, pero haciéndola compatible con las iniciativas inglesas y esforzándose por lograr, en Ginebra, que no llegue una ruptura entre la Sociedad de las Naciones e Italia.

¿Qué hubiera llegado a ser el conflicto italo-etíope y qué dramáticos desarrollos hubiese alcanzado si, bajo el impulso inglés, la Sociedad de Naciones se lanza desde el principio sobre el terreno de las sanciones militares contra Italia?

De todas maneras, para nosotros, como franceses, las graves posibilidades de la cuestión africana han sido durante los últimos meses la principal preocupación.

Sin embargo, la obra del Gobierno en el interior deberá seguir su marcha, y M. Laval ha encontrado también en ella tales dificultades que casi puede afirmarse que nunca un Jefe de Gobierno ha conocido, al mismo tiempo, tan rudas tareas en los dominios nacional e internacional.

Originario de la Auvernia, hijo del pueblo, enérgico, tenaz y flexible a la vez, dotado de una inteligencia clara y reposada, nuestro Presidente del Consejo ha sido parco en palabras pero en obras largo.

¿Durará su obra? ¿Se atiende en ella a lo esencial, o, bien, como concebida y realizada en atmósfera de crisis está dominada en exceso por la preocupación de lo inmediato?

¿Monsieur Laval no está, en una palabra, sometido al destino de los hombres de Estado de hoy, que no pueden construir con la libertad de espíritu necesaria?

Quisiéramos descubrir algunos antecedentes, algunas perspectivas de esta obra a través de la lucha apasionada de los partidos, que nada ni nadie pueden detener a pesar de la situación peligrosa de los espíritus y de las instituciones.

* * *

El 6 de febrero de 1934, en una atmósfera de ansia y de disgusto, una inmensa multitud de parisienses vino a manifestarse delante del Palacio Borbón, y esta manifestación fué reprimida, de una manera sangrienta, por un Gobierno desbordado e impotente que no había sabido preverla ni evitarla.

El Ministerio Daladier se hundió, inmediatamente, a los primeros ruidos de la guerra civil.

Monsieur Doumergue, antiguo Presidente de la República, cobijado en su retiro de Languedoc, sordo ante las solicitudes del Presidente de la República, es convencido por M. Laval en una conversación telefónica de dimensiones históricas. Doumergue, acogido con entusiasmo, preconiza un Gobierno de tregua y de verdadera unión nacional.

El país recobraba la esperanza, los grandes escándalos iban a castigarse, y una reforma del Estado aparecía como posible, y, como consecuencia, unas normas de vasta rectificación política y moral.

Monsieur Doumergue debía gobernar durante largos meses, pero avanzado en edad, demasiado impregnado de métodos

parlamentarios en desuso, no pudo emprender y llevar a cabo obra de tal dificultad.

Aunque con su presencia en el Poder se apaciguó la atmósfera, ella no bastó para resolver una crisis económica y social cada día más angustiosa. En una palabra: M. Doumergue no supo aprovechar el instante de las grandes reformas que un pueblo conmovido en lo más hondo de su espíritu hubiera aceptado con heroica resignación.

* * *

A fin de 1934 el trigo se malvendía, subía el costo de la vida, las restricciones en los gastos públicos no bastaban para restablecer el equilibrio presupuestario, el paro aumentaba sin cesar y los grandes culpables del *affaire* Stavisky permanecían impunes. La desilusión prende en muchos de los que confiaban en la energía del Presidente Doumergue. Al mismo tiempo los viejos parlamentarios recobran la confianza en sí mismos.

Lleguemos al fondo de las cosas. El partido radical-socialista, en lo que tenía de esencialmente laico, en su estado mayor francmasón temió perecer en la ola de indignación, provocada al descubrirse todos los compromisos ocultos de los Jefes del partido y de la secta. Desgraciadamente las faltas de sus adversarios vinieron en su ayuda, y la violenta campaña de ciertos oradores de extrema derecha en todo el país, atacando directamente las instituciones parlamentarias, consiguió asustar a la masa republicana que, tras de aplaudirlos, los abandonaba por suponerlos adversos al régimen.

Lo cierto es que, en los últimos días del Ministerio Doumergue, una gran depresión invade el espíritu público. La elevación moral y política soñada, al día siguiente del célebre 6 de febrero, es ya imposible, y las dificultades económicas y financieras se acumulan ante el Gobierno.

En este momento, en el mismo seno del Gobierno, un hombre joven, enérgico, prepara, sin escrúpulos, el equipo ministerial que remplazará al de M. Doumergue; es el ministro



M. Flandin. Y cuando M. Doumergue, descorazonado, se retira sin ser derribado, el Ministerio Flandin está ya preparado, y su Jefe es acogido en la Cámara con una mayoría aplastante, porque aparta del Palacio Borbón el espectro de la disolución, que había dejado planear sobre las deliberaciones de los diputados, su predecesor.

Mientras, el Presidente Doumergue abandona París y atraviesa Francia, en auto, para llegar a su retiro de Languedoc, saludado al pasar por algunos aldeanos o niños que reconocen al hombre que, algunos meses antes, había salvado al país de la guerra civil.

* * *

M. Flandin, economista reputado, trata de buscar, durante algunos meses, un despertar de la vida comercial, cuyo ritmo se hace cada vez más lento; M. Laval, que ha reemplazado en el Ministerio de Estado a Barthou, sigue junto a él para garantizar la continuidad de la política francesa en el exterior.

Desde el punto de vista ideológico, ¿cómo situar, exactamente, la actitud de M. Flandin? Ante todo, como un verdadero compromiso entre las aspiraciones profundas del país, ansioso de que se adopten métodos y costumbres nuevas y las viejas rutinas parlamentarias que no quieren ser suprimidas.

Compromiso, también, entre el resentimiento de la masa, que quiere separar a los Jefes radicales-socialistas que, como Daladier, Frot y Chautemps, están mezclados en el escándalo Stavisky, y la conveniencia de conservar el apoyo de los radicales que, como Herriot, son susceptibles de poner —siquiera temporalmente— el interés nacional por encima del partidista.

Pero el equilibrio es una posición difícil para trabajar en horas críticas, y Flandin, después de una lucha valiente en el Parlamento para organizar los mercados del trigo, y del vino, y para establecer una reglamentación de la producción por la creación de «*ententes*» industriales, se agota en la defensa del

franco, cuyo elevado cambio detiene, poco a poco, la actividad económica, si el precio de los elementos esenciales para el consumo no desciende.

Por otra parte, los dueños del Poder no dan ante el país la impresión de que se busque a los grandes culpables que han intervenido en todos los escándalos financieros que emocionan al país, para aplicarles el condigno castigo. Ciertamente que para tomar decisiones rápidas la vía legislativa es camino imposible, y, en su consecuencia, en mayo de 1935, M. Flandin, defensor de las libertades parlamentarias, se ve obligado a pedir los plenos poderes.

Entonces la Cámara, salvada por él de la disolución —pensada por Doumergue—, le negó esos indispensables poderes en una sesión histórica en que Flandin luchó desesperadamente en la tribuna, torturado por la grave herida, en el brazo, producida por un accidente de automóvil.

Como el Gobierno de su predecesor, cuyo derrumbamiento preparó, aun formando parte de él como ministro, el Ministerio Flandin se acaba con algo profundamente triste. Como si el destino de los Jefes, en la democracia, fuera, inevitablemente, el destino trágico de ser llevados en un instante a las puertas de la gloria para volver a caer en el olvido con la misma facilidad inesperada.

* * *

Cuando cesó Flandin el país se emocionó, no tanto porque su persona fuera muy popular, sino porque se sentía, confusamente, que la estabilidad en el Poder importaba, quizá, más que la persona. Tras de un Ministerio Bouisson —Presidente de la Cámara—, que sólo duró dos días, M. Laval cedió a los deseos del Presidente de la República y formó Gobierno.

Precisa reconocer que en ello hubo abnegación y mérito. Ministro de Estado desde el asesinato de Barthou —caído junto al rey de Yugoslavia en Marsella— cumplió a la perfección en el *Quai d'Osay*. El papel de primer orden que representa-

ha en Génova este antiguo colaborador de Briand, no le hizo olvidar sus deberes, y sacrificó ante ellos tranquilidad y reposo. Con innegable habilidad obtuvo los plenos poderes, rehúsandolos sucesivamente a Doumergue, Flandin y Bouisson, y desde entonces ha dado a Francia la impresión de querer gobernar.

No podemos aún juzgar su obra, ni hemos de analizar las etapas que la crónica cotidiana subraya: economías presupuestarias, baja del costo de la vida, Decretos-leyes innumerables que han despertado proyectos olvidados desde hace tiempo y que apuntan a proteger el ahorro, etc., etc.

Paralelamente a su obra de política interior, todo el mundo conoce sus incansables esfuerzos de conciliación en el plan internacional, que se prosiguen aun habiendo ya batallas en los montes abisinios.

* * *

Y, sin embargo, el país no recobra el optimismo que debería seguir a tales esfuerzos. Sin duda, la situación exterior no es para re-crear una atmósfera de paz en los espíritus; ciertos esfuerzos económicos, descontados por M. Laval, no se han alcanzado todavía, y las restricciones presupuestarias que han disminuído el poder de consumo de la masa no han sido seguidas de una suficiente baja en el costo de la vida que evite una agravación de la crisis.

Desde el punto de vista de la equidad y la justicia conviene reconocer que nadie mejor que Laval ha servido, útilmente, los intereses del país en coyunturas económicas y sociales especialmente graves.

¿Cómo explicar, entonces, la incertidumbre que existe por el mañana? Aquí tocamos con el fondo de las dificultades, esencialmente de carácter político.

Los hombres que el 6 de febrero de 1934 fueron lanzados del Poder, y a su cabeza M. Daladier, no aspiran más que a volver a recobrarlo, y su actuación equívoca, incluso en el seno del partido, justifica la preocupación nacional.

Este partido, el radical-socialista, es un partido de intelectuales burgueses, en el fondo conservadores, con aspiraciones sociales vagas, y no ha tenido iniciativas verdaderamente «radicales» más que en su lucha contra el catolicismo en Francia, desde el principio de siglo y bajo la inspiración de los Jefes de la francmasonería.

Solamente para acceder al mando y ser fuerte en el terreno electoral hubo que adoptar un aspecto demagógico. Su actividad actual es francamente indecisa. ¿Es M. Herriot, que trabaja lealmente junto a Laval, su hombre representativo? O, bien, ¿lo son Daladier y su estado-mayor, que sostienen en el país la campaña del «frente popular» contra las directrices esenciales de la obra del Ministerio actual?

¡Frente popular! Es el antiguo «frente común» social-comunista, con una enseña más amplia para atraer a los radicales, que, desde el oportunismo ordenado a los comunistas, se presenta como defensor de las libertades democráticas, y tiene de la mano a los que Stalin llamaba en otro tiempo con elegante laconismo «social-traidores». Lo que ciertamente nos haría reír si no estuviera en juego el porvenir de Francia.

Sea como sea, el partido radical-socialista, atento a no perder el apoyo de los electores extremistas, se adhiere al «frente popular», y cualquier día en la Cámara puede, con el apoyo de la extrema izquierda, derribar un Gobierno, en el cual M. Laval tiene seis Ministros radicales-socialistas, para lograr una base más ancha.

* * *

Tal es el actual panorama de la política francesa.

Ante las graves dificultades que nos cercan, una gran parte de la opinión comprende que ni la revolución social, ni la confiscación de los Bancos y del crédito por organismos estatales, ni la dictadura del proletariado, van a restablecer el equilibrio necesario entre las libertades individuales y la autoridad pública. Pero, por otra parte, muchas gentes padecen y están

descontentas, y es fácil, a los partidos de discordia, explotar esos sufrimientos y esos disgustos, y hacerse una mayoría electoral, por lo cual el partido radical-socialista, traicionando el interés de Francia, sigue al «frente popular», en que domina el partido comunista.

¿Qué hará M. Laval? ¿Logrará reagrupar una mayoría de centro capaz de gobernar en la línea de los intereses superiores del país, con la comprensión de las necesidades actuales?

Laval es, ciertamente, un hombre de orden y de progreso a la vez, pero lo ocurrido a Poincaré en 1928 hace temer que los Ministros radical-socialistas que le acompañan le abandonen siguiendo órdenes de los Comités locales del partido.

Con los actuales principios políticos nos parece imposible que Laval saque de su marasmo al parlamentarismo francés. Todos nuestros grandes políticos se agotan en esta lucha agobiadora contra el empuje materialista del siglo, que se expresa en la vida pública del país por la intromisión de los intereses y la ausencia de dignidad y grandeza en la actitud.

Para los que estamos esencialmente unidos al régimen y queremos evitar una revolución y una guerra civil, dando a la juventud confianza en el valor de las instituciones, la salud no nos parece que puede venir más que de una profunda reforma de las costumbres públicas.

Para salvar el organismo social, para combatir la mística revolucionaria de que se prendan todos los desdichados, todos los vencidos en la áspera batalla económica moderna, precisa volver a nuestra sociedad el sentido de sus profundos y eternos destinos.

Es preciso volver a dar a esta sociedad el sentido y el alma de la civilización que todavía representa. Y todos los esfuerzos serán vanos si se busca este sentido y este espíritu sin seguir las huellas de Aquel que vino a traer al mundo las palabras de verdadera paz.

SEBASTIEN BIJON

Bibliotheca Nova

Reconstrucción técnica de España

Reconstrucción técnica de España

ELECTRIFICACION DE LOS FERROCARRILES ESPAÑOLES

por ANTONIO GIBERT y JOSE M.^a NAVARRETE

(CONTINUACIÓN)

CAPITULO XI

LA ELECTRIFICACIÓN DE FERROCARRILES Y EL EMPLEO DE AUTOMOTORES DIESEL

En el Congreso de Ferrocarriles de El Cairo, en el que se estudiaron, entre otras cuestiones fundamentales, la electrificación y el empleo de automotores Diesel, quedaron perfectamente delimitados los campos de aplicación de cada uno de ellos en las conclusiones de las Secciones respectivas que estudiaron estos problemas. La electrificación como método de explotación más perfeccionado que resulta más económica, cuando el volumen de tráfico de las líneas de servicio general es lo suficientemente grande, y, sobre todo, cuando se trata de líneas de perfil accidentado o con fuerte tráfico de características suburbanas, siendo, además, adoptado en muchos casos por razones de índole general de aprovechamiento de las energías nacionales o mejoramiento de la economía general. El automotor Diesel como método para obtener una explotación también más perfeccionada que la de vapor y, sobre todo, más económica en las líneas secundarias y en los servicios locales sobre las líneas principales.

Es evidente, por tanto, que no puede haber competencia en-

tre los dos sistemas de tracción, aunque algunos entusiastas del motor Diesel, deslumbrados por la novedad y no conocedores a fondo de estas cuestiones, puedan haber hecho pensar otra cosa, y con una visión excesivamente simplista hayan llegado a asignarle la solución del problema ferroviario español.

Precisamente más conviene recordar la definición de líneas secundarias, dada en el cuestionario del II Congreso Internacional. «Se deberá entender por ferrocarriles secundarios aquellas líneas de vía normal o estrecha que formen parte de la red general uniendo los centros menos importantes, y cuyas características de material motor, disposición general, velocidades y tráfico, son inferiores a las de los ferrocarriles principales», y conviene recordar también que en la Sección XIX del II Congreso de ferrocarriles celebrado en Madrid en 1930, de la que fueron ponentes dos ilustres ingenieros españoles, los Sres. Ribera y García Lomas, relativa a la «Electrificación de líneas secundarias», se proponían unas conclusiones que fueron aceptadas por el Congreso, en las que se decía que «en el empleo de sistemas especiales para asegurar ciertos tráficos, especialmente el de viajeros, la electrificación «incompleta», es decir, la electrificación exclusiva del material motor, ya sea por generación en el mismo de la energía eléctrica necesaria (autocarriles Diesel-eléctricos o de gasolina-eléctricos) o por acumulación de energía tomada de una fuente exterior (tracción por acumuladores) puede ser una solución para los ferrocarriles, tanto secundarios como principales, que sirvan distritos poco poblados o que sostienen una competencia con otros transportes cuando la inversión de un capital considerable en la electrificación «completa» no está justificada por la densidad del tráfico de viajeros».

Esta diversidad de campos de aplicación de ambos sistemas se ve claramente en Francia, por ejemplo, donde al mismo tiempo que sus Compañías ferroviarias del P. O. y del Midi continúan la electrificación de sus grandes líneas de servicio general, se adquiere un importante número de automotores para el servicio de líneas secundarias o servicios especiales, como el transporte rápido de un corto número de viajeros de París a Trouville.

Holanda, que completa últimamente la electrificación de sus líneas de viajeros de gran tráfico, adquiere al mismo tiempo un importante número de automotores Diesel para la explotación de las líneas afluentes de postas o de menor tráfico; y Alemania, que al mismo tiempo que emprendía con gran actividad la electrificación de su línea de servicio general, Augsburg-Stuttgart, implantaba un servicio de viajeros rápido especial entre Berlín y Hamburgo, con empleo de automotores Diesel-eléctricos, para facilitar el rápido intercambio diario del número de personas que por asuntos profesionales, principalmente mercantiles, necesitan trasladarse con frecuencia de una a otra capital. En España mismo se ve que la Compañía del Norte emprende la electrificación de sus líneas de servicio general de Madrid-Avila-Villalba-Segovia, y al mismo tiempo ha contratado 14 automotores Diesel de diversos tipos, que se propone ensayar sobre distintas líneas secundarias, y ya explota el servicio de viajeros con unos automotores de gasolina en la línea Tudela-Tarazona. La Compañía de M. Z. A. tiene contratados un cierto número de automotores Diesel que se propone emplear para el servicio local Madrid-Aranjuez-Cuenca, sobre su línea general, pero nunca ha pensado utilizarlos en sus líneas de Barcelona, que forman el famoso ocho, con gran tráfico suburbano, y cuya electrificación está proyectada desde el año 1929, y debía haberse realizado según el plan Guadalhorce.

Queda, pues, perfectamente definido el campo de aplicación de los automotores Diesel y de la electrificación, sin que entre ellos pueda haber competencia. Pero no hay que olvidar, además, que la electrificación tiene un aspecto nacional de que se ha hablado en otro lugar de esta Memoria, y que no puede tener nunca la tracción Diesel, ese aspecto nacional que se enfocaba admirablemente en reciente trabajo del Sr. Gibert, diciendo: «Y toda vez que el problema del Mundo es un problema de energía y que la modalidad universal obligada para la energía es la eléctrica, producida en cada país con fuentes y elementos absolutamente nacionales, ha de convenirse que la electrificación ferroviaria es el único sistema de tracción que emplea y moviliza esas

fuentes de energía, y al revés de lo que ocurre con la tracción a vapor y con los sistemas de aceites pesados exóticos, crea una riqueza potencial en el país.»

Citemos, por último, como resumen de lo expuesto, la tercera conclusión a que llegaba en el mencionado trabajo el señor Gibert, como consecuencia de las razones y documentación aducida: «Que la compra de unos coches automotores y tractores Diesel, pocos o muchos, que muy superiores a las máquinas de vapor, en cuanto a menores gastos de explotación, mejor rendimiento, menor peso muerto remolcado y aumento de la velocidad comercial, permiten, en muchos casos, recuperar el tráfico perdido de viajeros, ser precursores y complemento de las electrificaciones en líneas secundarias o de poco tráfico y realizar, en ciertos casos, servicios especiales de lujo a grandes velocidades, no debe servir de pretexto jamás para retrasar ni un solo momento, y menos combatir las electrificaciones completas, únicas que son verdaderamente nacionales.»

CAPITULO XII

FINAL

De la rápida y sucinta exposición que acaba de hacerse se deduce la importancia que el problema de la electrificación de ferrocarriles tiene, dadas las numerosas facetas que presenta, que permite considerarla desde múltiples puntos de vista a cual de mayor interés, así como la actualidad que hoy tiene en el Mundo por haber pasado a ser un problema eminentemente nacional.

Las Comisiones técnicas de Acción Popular, y especialmente la Comisión de Política Eléctrica, en cuya zona de actividad encaja perfectamente, no podían desentenderse de él y lo han estudiado con la mayor escrupulosidad, procurando mantenerse, en todo momento, en un terreno puramente objetivo y enfocarlo bajo todos sus aspectos, mirando exclusivamente a la mayor conveniencia nacional. Resultado de este estudio y de los máximos asesoramientos de diversa índole que se han procurado es el anteproyecto de ley que se acompaña.

Regionalismo

I

En el día 4 de agosto de 1932.

De política pura y de política aplicada es, querido amigo, de lo que te he anunciado una carta, y voy a cumplir por ésta mi anuncio.

Tú te dirás por qué te he escogido a ti por blanco, y debo antes que nada explicártelo, con explicación, además, muy sencilla de dar. Te creo sumamente afín a mí en varios puntos: No eres un «sibarita de buen butacón» ni tal me considero yo (recuerda que juntos nos hemos visto, acera arriba y acera abajo, con nuestros castrapuercos dispuestos para rendir tributo estridente a quien tú sabes). No eres, y pretendo no serlo yo tampoco, un «cerrado a la banda» de las propias ideas, y para eso lees y oyes a los que son de parecer distinto al tuyo. Sientes lo católico, y lo sientes a la manera como a mí me gusta, con el propósito de palpar y de mostrar a lo eterno siempre perenne; es decir, salvándolo de todo arcaísmo de aditamento; manteniéndolo sin merma en lo que es de su esencia prístina.

Esto en cuanto a política pura, que, aplicando lo político al medio donde nos ha tocado ser y convivir, tú quisieras, según creo —y es desde luego lo que yo quisiera— que lo privativo que merece perdurar se casara bien con lo universal, y que, como medio para ello, no se desatendiera a lo que hay de valioso en lo histórico; en lo que constituyó lo por mucho tiempo llamado Monarquía española. Pero cuando digo histórico lo digo con un sentido no de cosa pasada, sino con ese significado de lo que se continúa, que es el propio de la historia, en la cual, como

una mujer ha dicho bien, «le passé ne serait jamais rien s'il ne présageait pas l'avenir».

Y así, hecho este exordio, voy a contarte mis preocupaciones, con la esperanza de que me las entiendas, ya que otra cosa —disipármelas, por ejemplo—, no habrás de poderlo hacer.

Voy para eso a retrasarme muy pocos días. Tomo nada más que la fecha del 31 de julio; este último día de San Ignacio de Loyola. Habían ocurrido cosas, al acercarse esa festividad, que me habían herido en lo más vivo de mi ánimo, el cual, tú sabes, es de conciliación entre los que somos miembros de la Iglesia.

Contrariado —muy hondamente contrariado—, me aparté de las manifestaciones colectivas preparadas para ese día por los que eran causa de mi sentimiento. Me refiero, es claro, al importante festival nacionalista vasco de la tarde de aquella fecha.

Salí a un paseo de monte a la misma hora en que miles de criaturas se congregaban para aplaudirse a sí mismas y saturarse de su nacionalismo. Al andar, mi dirección cardinal era la más opuesto a la del punto donde todas aquellas almas iban a estar en su exaltada comunión ideológica.

¿Era igualmente opuesta la dirección de mi pensamiento; de mi sentimiento, a lo menos? Sin duda que no. Por lo menos no quería serlo y lamentaba en mi íntimo «yo» que no me cupiera otro camino hacia mi monte, para que la flecha de mis pasos no pretendiera ser también la marcadora del rumbo de mis cavilaciones.

Pero me ocurrió, muy en la primera parte de mi caminata, que por una senda estrecha, con un arroyo por una parte y un seto por la otra, iba aproximándome a un grupo de hasta diez o doce mozos que, con paso más lento, avanzaban en igual sentido que yo. Indudablemente, aquéllos no eran hombres cercanos a mí por ningún aspecto de los que suelen dar hermandad. Ni su clasificación en la sociedad, ni su política seguramente, ni su disposición ante lo que es de Dios y de la Iglesia de Cristo eran las que a mí convenían.

Cada paso que a ellos me llevaba me hacía pensar en todo esto. Pero, además, mi pensamiento estaba en lo que no podía

menos de estar entonces, en la fiesta que a nuestras espaldas iba a dar comienzo y de la que las sirenas de los barcos llegados para el acto, al vibrar en el aire, nos daban sonorosísimo testimonio. Por unos minutos, en todas partes a donde el zumbido llegaba no podía menos de surgir el espectro del gran «batzar»; ya fuese con regocijo, ya con otra disposición del ánimo, según quien catase sus ondas.

Llegué así, lleno de mi dolor a que al principio he hecho referencia y entre mis consideraciones sobre la ideología que me era fácil de presuponer de los que tenía ante mí, y —no puedo menos de reconocerlo aquí—, por unos instantes, mientras sobre el silencio de mis alpargatas contra la derrota estrecha sorteaba el obstáculo de los diez o los doce mozos en deambular de domingo, tuve la sensación de que una confraternidad muda se había creado entre ellos y yo. ¡Ellos, que otro día, o ese mismo día, sin la sirena angustiosa, apenas me hubieran dejado paso o hubiesen aprovechado mi presencia para flagrar de algún modo con su jerga nuestras hondas diferencias!

Y así, aquellos fajirrojos, como si ya no fuese en aquella única ocasión un burgués y un evadido de las cavernas del derechismo político-religioso, con una deferencia y un modo cordial nada al uso entre ellos, se abrieron y me dejaron libre el camino.

¡Sí! Me sentían como algo de ellos, mezclados como se veían conmigo en el mismo zumbar de las sirenas lanzadas contra nosotros, ¡sordos que no queríamos oír!

¿Qué reflexiones crees que me tuve que hacer entonces? ¿De contento? ¡Ciertamente, no! ¡Si precisamente venía yo afeando desde unos días antes el proceder de quienes habían sido capaces de sobreponer un clamor de raza o de patria a una comunión de fe y de caridad en Cristo y su Iglesia!

Pero el hecho era que, en aquella suma de instantes, yo, si no lo estaba, parecía estar con quienes menos me podían acompañar; aquellos pobres ignorantes, enemigos de mis ideales más firmes y mejores.

¿Entiendes toda la fuerza de lección que esto tuvo para mí?

Con rubor de que cuantos me cruzaran me creyesen lo que

no era, seguí mi paseo y, todavía, a la vuelta, cuando saliendo del monte me acercaba otra vez a caminos más frecuentados, oí voces de canto. Presté oído. Eran himnos a la revolución.

La lección seguía, y la consecuencia que registré fué que aquí, en la tierra donde he nacido y de la que tengo solamente un apellido de entre los cuatro primeros, no hay más que dos fuertes corrientes políticas: La una, la de la revolución; una revolución que va contra Dios, la sociedad y la familia; una revolución —¡ah, qué paradoja!— que pretende no ir contra el Estado. Y, de la otra parte, hay el otro curso de opinión —de cuya fuerza y cuyos títulos no voy a hablar en esta línea—, el cual curso va precisamente contra el Estado, diciéndose en cambio el único defensor real de la sociedad y de la familia íncolas, investidas ambas del espíritu de Dios.

Ahora bien; en el medio, a un extraño a esos dos grupos, ¿me puedes tú decir qué es lo que le cabe hacer? ¿Le vale la pena emprender la defensa del Estado, atacado por éstos? ¿Puede reducirse a ser mero espectador? ¿Hay la posibilidad, en el momento presente, de ofrecer algo a las masas, con atractivo eficiente para ellas, que las libre del verbo revolucionario o de los que les hablan atacando al Estado?

A mí, el sereno juicio me dicta lo que en cada caso debo contestar a cada pregunta de éstas. Pero eso no me basta para establecer el contacto con la masa. Una cosa es que yo obre según propias razones y otra que los demás me reconozcan la razón. Para ver logrado esto, antes tendría que ver deshecho (no digo que repuesto) lo que el siglo pasado hizo con el concepto de nación. Yo creo que el concepto de nación lo demudó hasta equipararlo al de Estado, y que de ahí vino el confusio-nismo presente. Aunque, si lo pienso bien, no al siglo último debo culpar, sino a su inspirador el que le precedió, y... ¿quién sabe si aún a otro más remoto?

Lo cierto es que la confusión existe. Porque, ¿no crees tú que, en efecto, en definitiva, todo nacionalista —y tú lo eres de tu nacionalismo— es un estatólatra? Yo creo que sí, aunque

muchas veces el mismo estatólatra lo ignore, como hay muchos ególatras que no saben que lo son.

Observa, en prueba de ello, qué bien está esto que ha registrado alguien en torno al nacionalismo hitleriano: ¡Siempre los nacionalistas tras la división maniquea del mundo! Ha dicho aquel comentarista: De un lado, el Mal (es decir, los demás); de otro, el Bien (o sea, el «nosotros» de cada nacionalista).

¿Y esto no es verdadera autoadoración, o, si lo prefieres, autoadmiración extática y, a la par... *estática*? Porque, en fin de cuentas, ¿para qué quiere el nacionalista la «nebulosa» nación si no es para dar un contenido al «formal» estado?

No; no creo que me engañe: todo nacionalista es un estatista en período de incubación. Un estatista que, andando el tiempo, será imperialista si su nación, a su juicio, necesita del tributo de otras naciones para que la suya viva con gloria.

Y yo que veo esto, ¿qué quieres que haga frente a masas que no lo ven?

Piensa qué serio es el problema de mi vacilación ante el cuadro real que la motiva. Mira esas dos masas que yo veo con dos ideales opuestos entre sí y, entre las dos, una urna que, de vez en vez, habrá de congregar a los de uno y otro bando, más que para batirse uno a otro, para devorar a los aislados y a los pequeños.

Ya sé que tú ardes, al llegar aquí, por proclamar y clamar que existe otra masa que no es ninguna de las dos que vengo diciendo.

¡Sea lo que tú quieras! Pero habrás de reconocer que una cosa es la existencia y otra la consistencia. Y —sinceramente— el nervio, el programa, la fe y la fuerza dinámica de esos otros, ¿cuál es? ¡No la veo!

Yo bien estoy donde estoy, en mi eclecticismo de sabio. Pero comprendo que ésta no es postura para movilizar ni lanzar adeptos. Las muchedumbres piden de continuo lunas que vengán a desequilibrarlas en flujos y reflujos absurdos. Y aun cuan-

do el navegante de la alta mar —el que piensa desde su laboratorio— no es influido apenas por las mareas, el que ha de acercarse a los bajos, ese sí precisa conocer la tabla que registra aquellas oscilaciones.

Un hitleriano austríaco, profesor católico, ha escrito que son «los apasionados y los descontentos los que empujan hacia adelante y asaltan el parapeto». Esto es: los que están, como te digo, en desequilibrio.

¿Luego el desequilibrio es necesario? Sí, sin duda, para los «elementos» y aun para los que se producen —en el orden moral— tan sólo por «movimientos elementales». Es decir, en uno y otro caso, las masas. La masa física o la de individuales pensantes que, al fundirse en el anonimato, han etereizado su capacidad de pensar.

Y ya no te digo más. Si tienes una receta con que curar a las masas; una norma para insuflarla a la generación de hoy, que no sea un desequilibrio para otro desequilibrio, no tardes en comunicarla a tu —por conocer esa fórmula— sediento amigo.

II

En el día 15 de agosto de 1932.

Tengo tu carta, querido amigo mío, y veo que no te has atrevido a enfrentarte con el problema por mí planteado. Yo te preguntaba: ¿Qué se debe hacer con la masa? ¿Debe dejársela ir tras un radical nacionalismo vasco, o no? Y, si no, ¿hacia dónde y cómo se la debe orientar? De las tres preguntas tan sólo a la segunda contestas, optando por la negativa. Para las otras dos interrogantes eludes tu respuesta.

La masa es, dices, lo «anormal en el todo orgánico que debe ser la nación»; lo «revolucionario, liberal, igualitario». Pero, debo yo objetarte, sea ella como sea, mientras *sea*, mientras exista, el que dentro de sí perciba la responsabilidad de ser un miembro social pensante, ¿podrá saberse qué es lo que deberá

predicar a la masa, bien sea mezclado en ella, o yendo a su zaga o puesto a su frente?

¡«De curanderos políticos», de arbitristas, dices con razón, «librenos Dios»!

Pero el caso es que yo no te pedía una receta infalible, ¡que yo no creo tampoco en las panaceas!

Lo que yo te pedía —y si tú no sabes o no te atreves a dár-melo voy a ver si yo mismo me lo busco y... te lo brindo luego— es una técnica, falible, desde luego, pero seria, con sólido fundamento radical. Con arranque de sana y bien escogida raíz.

¡La raíz! Eso es lo que yo pido y busco. Yo, en política, huyo de perderme en las ramas, y no me inquieto con exceso por los frutos inmediatos. Hay extensa flora que no da frutas, pero que atrae las lluvias para bien de los frutales.

El fruto lo da Dios. Pero El pide que se pongan los medios. Observa el hecho, poco considerado, de que en las dos referencias de la Parábola de los talentos, en la que se alaba a los que obtuvieron lucro de sus caudales y se condena al que no lo obtuvo, no se censura a éste porque no acertara a incrementar su fortuna —que el incremento Dios lo da— sino que —y aquí está lo serio y lo ejemplar— mereció la grave pena porque había inmovilizado su capital. Del caso del que aventura su capital y lo pierde, de ese no hay cuestión allí siquiera. Allí, al que se condena es al que estabilizó su riqueza. Allí, al que se le entrega al castigo es al que no puso los medios para hacer medrado al poquito dinero recibido.

Y esta Parábola, de diaria aplicación para mí a los distintos órdenes de la vida, te la brindo yo ahora para forzarte por ella a oírme.

No lo has querido, pero es preciso que me atiendas cuando te llevo ante el abismo, ante la masa que pide normas. Te preguntaba qué debemos hacer ante el abismo para salvarlo. (Fíjate en el equívoco: «Salvarlo», te digo, o sea que se trata de salvar el obstáculo nosotros, y de convertir al obstáculo en algo que lo deje salvado de su propio mal de naturaleza). Y esto que yo te pedía te has excusado por no hacerlo.

Con todo, aun negándote a contestarme, me has dado luz; y esa luz que me das la quiero ahora reflejar sobre ti. Tú serás, pues, luz; yo, el reflector, y ciertos textos y recientes sucesos los rayos que conduzcan la luminosidad.

Vamos, pues, a ello, pero con orden.

Ante todo, ¿tú cuál crees que es mi opinión acerca del esfuerzo de la «reacción» de la madrugada del 10?

Algo así como son el invierno y el verano dentro del todo que es el año, o el varón y la hembra en la unidad del matrimonio, o el alma y el cuerpo en lo todavía más uno —y más distinto en sus partes— que es el hombre, son, para mí, los dos aspectos, muy diferentes, que es preciso detallar en aquellos sucesos al querer contestar a tal pregunta.

Un aspecto —duro me es decírtelo, pero la verdad objetiva a ello me fuerza —es el del fracaso en buena hora ocurrido: Tal es el aspecto político de los hechos.

Pero el otro es el gesto magnífico, que se echaba de menos desde el 14 de abril; gesto... noble: El aspecto idealista de la jornada, que merece admiración y respeto.

Yo me recreo en la consideración de esos puñados de muchachos —y con ellos algunos ya bien adultos— que, henchidas las venas, batiéndoles el pecho, deslumbrados los ojos por su propio fuego interior, se han lanzado a dar lo mejor que tenían, lo más noble: su sangre por la defensa de lo que con mayores ahincos querían.

¿Que ha sido su intento un fracaso? ¡Qué más da! El que en un trato va a regalar, no puede ser robado. Y ellos, generosos, ciegos, dieron su vida como mandaba el Deuteronomio que fuesen sacrificadas las víctimas del holocausto: vertiendo su sangre. Su sangre valiente que, o era ya azul, o empezó a ser prócer entonces.

Y ese gesto era necesario para dejar aclarado que el idealismo del español aún subsiste. Aquel decorado cambiado sobre el carro de Tespis en abril del año último, no podía considerarse de veras mudado si un crepitar de tablas desclavadas, de telo-

nes desgarrados y de voces sobre el escenario no se hacían oír, aunque fuese de un modo increíblemente breve.

Sin ese repiqueteo de pistolas, fusiles y ametralladoras de la madrugada del día 10, no hubiera sabido la historia que España tenía nobleza, todavía, en 1932.

Ahora, sí. Ahora, ya, habrá derecho a exigir que se crea en la existencia de un gran dolor, un gran sacrificio interno desde la caída de la Monarquía; una pena honda, ahogada, callada de palabras y aun de sollozos, porque la jornada del 10 —feliz en lo que tuvo de reveladora del idealismo ese superviviente— basta y se excede para probar la realidad de aquellos sentimientos.

¡Ah, pero hay el otro lado! Como hay el alma bajo el cuerpo, la hembra junto al macho o la lluvia después del sol, hay también el aspecto político de ese movimiento y, mirados por ese lado los hechos, el fracaso rapidísimo de la sedición es del todo de celebrar.

No eran políticos, ciertamente, los que planearon el esfuerzo y escogieron el momento de su ejecución. De ellos se podría decir: «No saben lo que es el hombre».

Y todo esto no lo digo ahora que se ha frustrado su intento. Lo vengo diciendo desde que juzgué esfumada su oportunidad. El golpe de mano tuvo —hubiera tenido— oportuna llegada cuando desde el Gobierno se habló de armar a las masas, y, efectivamente, parecía que procuraba aquél armar a los suyos. ¡Entonces, sí! Contra la fuerza, la fuerza. Pero unos meses después, el movimiento se había vuelto inhábil. ¡Tan inhábil, que venía a derribar sin saber lo que se había de construir después!

Pero dejemos la crítica por ir tras lo palpitante; el provecho que de la lección debemos sacar.

A ti, cuando se te ofrece ante los ojos el pasado y el futuro, ¿qué es lo que te atrae más: lo que hemos sido o lo que en adelante habremos de ser? O, más brevemente, ¿qué prefieres: el ayer o el mañana?

Yo, si esa pregunta me fuera hecha, diría que del ayer quisiera tomar todo y sólo lo que sirva de razón de ser para el ma-

ñana. Miro yo, sí, al pasado, pero no para dormirme sobre él. Yo quisiera echar una mirada cada madrugada a lo que fué, y cada atardecer encontrarme mirando al porvenir.

Me hablas en tu carta del camino de San Jaime: de «la cultura occidental y de la civilización europea, uno de cuyos grandes puntales fué el reino de las Españas. (Yo he subrayado.)

¿Necesitarás que te diga cuánto venero; cuánto, ante esas glorias, me siento lleno de enaltecimiento como español?

Que por mí te sean una respuesta el cuidado, como de naturalista que colecciona ejemplares valiosos de una fauna, con que he archivado una frase epilodal de los «Heterodoxos», y otra que un extraño a nosotros ha dicho en la hora actual, Paul Morand, como un testimonio imparcial y elogioso.

«¡Dichosa edad aquella —dice Menéndez Pelayo—, de prestigios y maravillas, edad de juventud y de robusta vida! España era o se creía el pueblo de Dios... Nada parecía ni resultaba imposible: la fe de aquellos hombres, que parecían guarnecidos de triple lámina de bronce, era la fe que mueve de lugar las montañas.»

Sí. Fe y montañas. Valor y nada imposible. ¡Historia de un par de siglos sin par! Eso es lo que hoy, desde el vapor, el tren y el avión modernos, se le hace imposible de comprender, y le pasma, al muy perspicaz viajero Morand.

«Les Andes —ha escrito— ont tout brisé, tout disjoint, tout séparé: la secheresse et la pluie, les nations, les races, tout, sauf la langue espagnola et l'implacable vouloir des capitaines de Charles Quint.»

Esto para acatamiento y tributo mío a la Historia gloriosa. Al trozo de hechicería histórica, que las generaciones siguientes creerán cosa que no fué: leyenda. Más leyenda aún que la, a nuestros ojos, dorada fábula de Roma en sus orígenes divino-humanos y pastoriles.

Pero... ¡Volemos al presente! Vayamos a él, siquiera como punto de referencia al ir a disparar por parábola sobre el porvenir la metralla de la sabia experiencia que ayer nos brinda.

Ayer... Un ayer amplio, tomado en la tienda que lo ofrezca más hecho a nuestra medida y necesidad actual.

Podíamos mirar, si te parece, amigo mío, a la política de Francia en los años de 1871 ó 1890 o de cualesquiera otros años de los dos segundos tercios del último siglo. Podíamos, sobre todo, mirarla, en sus dos últimas décadas, tal como la miró León XIII desde la colina del Vaticano.

¿Conoces el relato que hace poco dió a luz Charles Benoist : «Trois audiences de León XIII»? Salen ahora esas declaraciones, después de silenciadas por espacio de cuarenta años, como agua de la giba dromedaria, en la hora de una más angustiosa sed.

Tan a propósito para la República y los católicos de España estimo lo que aquellas tres audiencias significan, que me propongo dar el trabajo de Benoist vertido al castellano; si es que hallo quien de su cuenta me lo quiera editar.

Un deber nuestro, y grave, es conocer aquellas páginas. Si acertamos a curarnos en el mal ajeno, ¿qué nos puede importar el mal que ahora nos daña? Aquella insistencia, suave y firme, del Papa a los católicos franceses, ¡pronto, démosla a conocer a los católicos sin norte de la atribulada España!

«Ah —decía León XIII a Ch. Benoist— ce qu'il faudrait en France, ce serait une politique modérée, conservatrice, qui réunirait tous les honnêtes gens...» «Voyez vous —añadía— il faut constituer ce parti modéré. Il faut le constituer avec tous les hommes de *probité*, de *science*, de *talent* —yo subrayo—, pour que la France... recommence à être grande... Autrement, non, ce sera mauvais.»

Y, más adelante, respondiendo a su interlocutor que le había mencionado al Cardenal Lavigerie, fiel, obediente intérprete de León XIII, decía : «—*Già*. Mais... mais il faut que ce soit vous, les laïques, qui premiez l'initiative.»

Y todavía hay que recoger estas palabras, dichas unos meses después de su carta francesa a los franceses : «—Voyez vous, il faut des hommes de *valeur*, *intelligents*, *instruits*, qui *connaissent leur temps*... Je compte beaucoup sur les jeunes.»

No es todo, aún le añadió unas palabras más soberanas y atrevidas, que hay que entenderlas con alcance y sentido político, no religioso: «—Il ne faut pas les radicaux —concretaba—, il ne faut plus que deux partis: d'un côté, tout ce qui est radical, et, de l'autre, tout ce qui ne l'est pas... Eh bien! il faut fusionner. *Il n'y a plus ni droite ni gauche.* Il n'y a plus que des modérés et des radicaux.»

¡Qué dolorosas, sin duda, para muchos estas palabras! Lo comprendo. Pero el tiempo ha venido a reforzar la no pequeña autoridad inicial de la voz augusta que las dió al mundo.

El tiempo, sí. Francia, en medio del bataclán, es un país de renacimiento católico en el mundo. Esto es un hecho. Lo es, como lo fué el de la persecución purificadora que duró desde 1880, más o menos, hasta la guerra.

Pero sucede que algunos —aún católicos— tienen «su» concepción del hombre, y solamente sobre ella conciben, a su vez, «su» orden para la ciudad.

Lo que Pascal pensaba de los «curiosos examinadores de las costumbres recibidas» —los revolucionarios en fermento de su época—, eso podría decirse de estos contrariados de hoy.

Tiene Jacques Maritain un párrafo acerca de estos «examinadores» o «revisores», que no me resisto a no copiarlo.

«Para destruir —dice— de un modo absoluto y por su raíz (en lugar de contentarse con aplicar el remedio en la medida de lo posible) los abusos que habrán de unirse siempre por accidente al funcionamiento normal de la ciudad, quieren —aquellos disgustados— cambiar con arreglo a sus fórmulas los ejes centrales de la ciudad, y así derriban todo a la vez, el bien común y la justicia. No saben lo que es el hombre.»

Medita bien esto: «Ils ne savent pas ce qu'est l'homme!»

Te veo colmado de sorpresa. De dolor tal vez también y de indignación por lo que te digo.

¿Qué quieres...? Te he pedido una receta, no me la has sabido dar, y he ido a buscarla en la autoridad, en los hechos y en los libros.

Si te es fuerte lo que llevo dicho, exprime esta sentencia de Pascal, ortodoxa del todo y profundamente apologética: «*Soumission et usage de la raison, en quoi consiste le vrai christianisme.*»

Sumisión y uso de la razón. Ejercicio maestro. Receta que yo quiero seguir, aunque en el ir y venir del raciocinio se ondule tanto mi corazón que crea a veces que vaya a quedar sin ritmo, parado, sin aliento para más o llevado hasta la última aceleración.

¿No eres tú más joven que yo en años? Pues ¡sélo al menos tanto en agilidad del espíritu! Ten una mano sobre la Historia, pero sea para mantener la otra y toda tu persona entre los vivos. No te quedes a vivir entre fantasmas. El evangelizador Santiago con su camino, bien estuvo. Pero, en el día de la cuenta, ¿de qué le servirán a Biarritz, por ejemplo —pueblo de aquel itinerario medieval—, sus conchas en uno de los cuarteles de su blasón, frente a sus pecados de estos días de nuestro tiempo?

La Historia, sí. Pero, para un político o un filósofo, sólo como pértiga, como trampolín o como cuerda. Como algo que ayude por su conocimiento —un conocimiento como el de los místicos, donde el amor entra, por tanto, como entendimiento— para ir hacia más; hacia adelante; en progreso lógico: «juvenil», «honrado», «valeroso», «científico» y «sabio» como quiere Roma.

Un progreso como el que monseñor Baudrillard ha vivido de un modo consciente, silgándolo y guiándolo desde su ribera, y refiriéndose al cual ha podido decir que «el camino que se había hecho desde 1907 *en el orden de los sentimientos*, y que llevó a los franceses al encuentro unos de otros, *había sido precedido y acompañado de otro avance análogo en el orden de las ideas.*»

Es decir, un progreso que nos lleve a una reconciliación.

A una reconciliación, sí. Hacia eso es a lo que debemos tener dentro de la República; con ella. Ese es el deber nuestro,

de los más cargados de responsabilidad. El deber de los que se creen más obligados a servir a la Iglesia. El deber de los que quieren ser los más útiles para su Patria.

Hay que dejar a los muertos que entierren a sus muertos. Y en el camino que desciende hacia Jericó, que todos recorremos, tanto colectivamente como uno a uno en nuestros individuales cruceros, tenemos que saber apearnos de nuestras cabalgaduras y aprender a doblar nuestra cintura, como samaritanos buenos, junto al pobre malparado viajero que a cada uno —a cada uno, súbdito de algún pueblo— le toca encontrar en el pedazo de Historia por él vivida.

No vale echarse a buscar quién desvalijó al maltrecho viajero para darle su merecido. (¿Quién sabe quién tuvo la culpa de que el ladrón venciera?). Es la hora de echar bálsamo en las heridas y de imponerse el sacrificio de hacer un alto y cargar con el herido y asistirle hasta salvarle la vida.

Ni tú ni yo habremos de querer ser como el sacerdote o como el levita que siguieron su camino. Al revés, yo espero que un día uno, y otro día cuatro, y otro ocho, muchos nos pondremos —con dolor del corazón, pero con el rostro alegre para que nadie lo advierta; para que la obra sea eficaz— a curar y a levantar a ese cuerpo herido que necesita tanto de ser muy asistido.

Y termino ya dejando cosas muy interesantes de tu carta para otro día.

III

En el día 4 de septiembre de 1932.

De magnífico frontón sobre el que botar mis ideas me va a servir tu última carta, mi querido amigo.

Casi no haré más que repasar tus puntos de vista y tus advertencias, y dejaré, para otra vez que te escriba, más que quisiera decirte sobre lo que era el eje vertebral de mi primera carta.

Lo primero que recogeré, por lo vivo de tu lenguaje y el acierto de haber dejado para una apostilla lo que era tu pensamiento clave, será el decirte algo sobre los seis vivos, a Napoleón, a Luis XVIII, a Luis Felipe, a Cavaignac, a Napoleón III y a la República, que tú pones en boca del que en el último siglo hubiese querido guardar en la nación francesa «la lealtad que conviene a un cristiano».

No, querido amigo, no es eso la lealtad que se debe predicar a un cristiano. Lealtad es —lealtad de cristiano— lo que en bello francés ha escrito Francis Jammes de un Lavigerie en el da de su brindis histórico, patriótico y republicano, y de todos los días de su vida, activa siempre, de diaria lucha, del que está en perpetua postura de centinela, como advierte Ramiro de Maeztu, que ha de ser la postura del que no quiera morir —con muerte del espíritu se entienda—, dado que, como él lo define, «ser es defenderse y dejar de defenderse es como dejar de ser».

La lealtad del cristiano es la del que no vende a Cristo, sino que sabe granjear con pocos talentos muchos, y todos para él. La del que de mucha incomodidad saca alguna comodidad, la de quien de muchas posibilidades obtiene —o siquiera reclama— un rico caudal.

Mira cómo, en buena prosa, lo canta —tal vez sin darse cuenta de todo el valor de lo que dice —aquel poeta francés: «Monarchiste? —pregunta, de Lavigerie—. Si vous voulez: Saint Louis, Chambord au besoin, mais non pas Philippe le Bel. Imperialiste? Aussi bien, mais à la condition que César rende à l'Eglise ce qui appartient à l'Eglise. Republicain? Pourquoi pas, si un concordat stipule que la Chambre rétablira les crédits qu'elle a supprimés.»

Una honrada devolución —o mezquina, cuando menos— es lo que, con esas palabras, pide el poeta Jammes a unos, y una doble coronación —de la corona de los santos montada sobre la corona del rey de hombres— es lo que exige de los otros: Más del que más puede; menos del que es menos capaz.

Pero, no. Para un cristiano, esto, aunque es lo que más cerca le lleva de lo perfecto, no siempre es para él lo obligado. La ley del cristiano es más amplia, más liberal. Porque el buen cristiano puede tener también sus ideales humanos y nadie deberá pedirle que, al trabajar por el negocio de Cristo, haya de renegar de lo lícito que ame entre lo amable humano.

No un comentador de Lavigerie; el propio Arzobispo heroico lo dijo: «La unión en presencia de este pasado que todavía sangra (¡de nosotros parece que habla!) y del porvenir siempre amenazador es, efectivamente, en este momento nuestra suprema necesidad. La unión es también —decía el Cardenal a los marinos que le oían boquiabiertos, mientras se excusaba por traerlos este testimonio a su memoria— el primer anhelo de la Iglesia y de sus pastores en todos los grados de su jerarquía. Ciertamente —añadía, y esta es la modalidad cristiana que yo quiero que pulses— que no nos pide *que renunciemos ni a las glorias del pasado ni a los sentimientos de fidelidad y de gratitud que honran a todos los hombres.*» Y agregaba un poco después: «Llegado el momento de poner un término a nuestras divisiones, cada uno de nosotros debe sacrificar todo lo que la conciencia y el honor permitan y aún exijan para la salvación de la patria.»

Y todavía es mayor la generosidad de la Iglesia al dar sus normas, puesto que éstas son para ordenar en justicia lo que a la ciudad conviene, y no para la defensa de lo que a ella y sus fieles, en cada caso particular, se le pretenda arrebatar o desear adquirir para ellos o para sí.

«De la misma manera —decía León XIII en la audiencia que en mi anterior carta te mencionaba— que no es necesario ya un gran partido monárquico —decía de la Francia de 1892—, hay que evitar ahora que se constituya un partido católico que sea un verdadero partido. De otro modo, Francia diría que más que nunca existía el clericalismo.» Y, refiriéndose a un caso concreto, aplicaba la doctrina: «Ese d'Hulst —decía—, recién elegido en Brest, no ha dicho en su profesión de fe que fuese mo-

nárquico, sacerdote o clerical. Ha dicho que era conservador y que era opuesto a determinadas leyes. Y no ha hecho mal, sino que ha obrado justamente.» (1).

Porque el caso es que, como tú me lo recordabas, hay que dar «a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César», pero advierte bien la relación que este precepto guarda con la justicia al modo como Porcia enseñó al mundo a aplicarla.

Pon en un platillo a Dios y en el otro al César, pero haz memoria que como ambos platos están inmediatamente unidos en el fiel de la balanza, «el peso de un cabello», de mala fe arrojado sobre uno de aquéllos, vendrá a romper el equilibrio y a decidir la condenación del que causase la inestabilidad.

No es indiferente dar o dejar de dar al César. Es preciso hacerle aportación de todo lo que se le debe dar. Por eso la Iglesia se reviste de gozo cuando sus hijos —los cristianos leales— dan al César, a la ciudad, sin regateo; sin mermas.

Ni aun haciendo nuestras reducciones sobre lo que al César corresponde, con un pretendido deseo de acrecer con la sisa lo de Dios, acepta la Iglesia lo sustraído al plato cesáreo.

Y es obligado que así sea. ¿No ves que Dios, además de retirar lo de «su» plato, recoge lo de todos los platos de todas las balanzas que en el mundo existen en debido equilibrio?

Esta es también doctrina de quien no creo sea un sospechoso para ti; el mismo que antes te he citado, Ramiro de Maeztu. Por estos días ha publicado un artículo del que es el pensamiento base que «la mejor interpretación de la economía es la religiosa». Y por eso, de cómo se vive y cómo se filosofa hoy, concluye él que es la obra del día «volver a descubrir los enlaces de las cosas, volver a colocar las puertas en sus quicios.»

¡Excuso decirte! ¡Ni aun la economía se puede desconectar de la moral! ¿Y tú predicas la disección de la política para cultivarla pura, apartada de todo, incluso de la sombra protectora de la moral, que, en definitiva, esa es tu intención al pen-

(1) Fue d'Hulst rector de Instituto Católico de París.



sar en la parte que dices del César, en oposición a la que es de Dios?

Yo prefiero la labor de rebuscar enlaces y de enquistarlo todo otra vez. ¡Gran labor de carpintería ética es esta, y trabajo, por cierto, que hace pensar en aquel otro noble esfuerzo, rival de la carpintería en el medievo, el arte del que con el cincel animaba la piedra! El arte del cantero, digo. El que inspiró a Claudel «L'Annonce faite a Marie»: «No le toca a la piedra señalar su sitio —hace decir Claudel a Pierre de Craon evangélicamente—, sino al Maestro de la Obra, que es el que selecciona las piedras».

Seamos un poco carpinteros y un poco canteros y reconstruyamos entre todos el edificio que se derrumba. ¡No preferirás, suponga, la elección del fátuo que espera a que todo esté en tierra para reconstruir sobre las ruinas! ¡Ni querrás, imagino, ser de los locos sin remedio que destruyen por sí mismos, sin bastarles que otros destruyan!

Deja a un lado todo resentimiento —fíjate que no te digo todo sentimiento— y decídate a ser cantero o carpintero.

Ahora bien; al invitarte a ser operario de esta obra que es de todos, necesito recordarte lo que Lavigerie dijo gráficamente, que «para sostener las columnas del edificio es preciso entrar en el edificio».

Entrar, trabajar, actuar, equivocarse incluso, si es la hora de la equivocación; esto es lo que debemos aceptar con el fin precisamente de no quedarnos en «ciudadanos de segunda clase, mutilados para la política».

La edificación democrática, republicana, a la que te invito a entrar, no tiene por qué ser su sustancia, para nosotros los católicos, la «inutilización absoluta para actuar con eficacia», según tú dices temerlo.

Esos *hechos* a los que tú te remites como a ciudad amurallada en la que defenderte de mis acometidas —de mis insinuaciones y exhortaciones—, ¿crees acaso que no los ha estudiado Roma? ¿Piensas que el Vaticano no ha seguido paso a

paso y no ha compulsado cada vicisitud, vieja o reciente, desde que empezó el régimen actual en Francia?

No tengo a mano la declaración del episcopado francés de 1925 que tú citas. Pero tengo frescos en la memoria un hecho revelador, acaecido en 1932 —en el año actual—, y otro que no es de una sola fecha, sino de todos los años sucedidos desde aquel sangriento de 1914.

Me refiero en primer término al caso de la Diócesis de París, donde en el plazo sólo de un día quedó suscrito un empréstito de veinte millones de francos con destino a la construcción de nuevas iglesias para aquella mitra.

Tal vez al meditar este rasgo se amengüen tus dudas sobre el valer y la fuerza secreta de esos «fieles devotísimos» que a cada hora se ven hincados en «las iglesias francesas de hogaño»; fieles que, se me antoja, no aciertas tú a apreciar todo lo que valen, por el bien que hacen a su patria y a sus conciudadanos, ya sea cuando rezan, o ya cuando actúan fuera de sus horas de oración intensa.

Un pensador, que por cierto no es un adorador de ningún nacionalismo, Eugenio D'Ors, alarmado, ha denunciado que «trece mil —¡trece mil!— parroquias de Francia están hoy vacías y sin servicio».

Pero yo no participo de su alarma. Yo creo que su entendimiento parpadeaba en el instante en que lanzó su S O S por el catolicismo, en trance de naufragio —a juicio suyo— en Francia. D'Ors, cormorán diestro siempre, no supo esa vez sacar de su provisto buche el comentario profundo —suyo— que procedía, y no dijo, como cuadraba, lo que enseña la realidad francesa actual.

Porque cierto es que trece mil parroquias están cerradas, sin culto. Pero esto sucede en el campo, donde —para enorme desgracia social de Francia— va quedando sólo lo caduco, lo viejo; intelectual y humanamente hablando. En la ciudad, en cambio, y de modo mayor en la gran ciudad, suma de muchas urbes, París, allí, en cambio, surgen en templos nuevos como esa iglesia del Espíritu Santo, que, muy pronto, desde su torre.

la más elevada de París, llenará de luz —símbolo y progreso— el cielo de la capital, a modo nuevo de llamada que llega más lejos que el repicar de campanas; a modo de brazos de fuego que orientan al que busca y alejan las tinieblas para el que teme y tiembla.

Porque el caso es que, efectivamente, mucho es lo que vale el campo, pero es preciso reconocer que no es poco lo que vale la urbe. Así, ¿quién, si no el elector de la capital, fué el que se impuso en abril de 1931 en España?

Ahí tienes cuál es el hecho —los hechos— que tengo presentes de 1932 en Francia, y cuál la causa de mi antipesimismo de católico.

Después de esto, remontándonos hasta 1914, la otra realidad que acude a mi memoria, también para tranquilizar mi ánimo frente a tu cuadro pesimista, es que poco importa que la legislación anticristiana —¡la legislación, no la política!— «no haya variado un ápice en su trayectoria desde que comenzó». Que una cosa es la ley y otra su aplicación. Por eso, la Francia de 1932 no es la de 1907. Ni Herriot es Combes. Ni siquiera el Herriot de ahora es el que presidía el Gobierno de su nación en 1924.

La persecución ha amenguado, y mucho. ¿No pides hechos? Pues registra que Briand, el político de la «ruptura», fué también el estadista que restañó la brecha del costado romano de Francia. Y, junto a esto, para no acumular más testimonios, puedes anotar también de qué manera, como por encantamiento, han desaparecido todos aquellos religiosos fugitivos que, rebasando el Pirineo, siete años antes de la guerra se habían derramado por toda España.

Seamos sinceros, sanos de espíritu, objetivos. Que el más enfermo del sufrir por el gusto de sufrir es el que sueña espantos y se afirma en hacer consistente lo que es vacuidad.

El arte —el gran arte— de los políticos es ese precisamente: vencer a la ley por la costumbre. Mejor dicho: tal es el arte, el secreto de los pueblos. Que el secreto —el éxito— de los po-

líticos consiste en captar a tiempo ese vencimiento de lo legal, para declararlo caducado.

¿Me entiendes? Porque, en mi intención, hay mucho que entender en lo dicho, para aplicarlo a cosas pasadas, presentes y futuras de España.

Jacques Maritain —el mismo al que tú tratas con un desenfado auténticamente «maurrasiano»— recoge de los «Pensamientos» de Pascal algo muy de confirmación de esto.

«El arte de minar y de derrocar a los Estados consiste en conmover las costumbres establecidas, ahondando hasta llegar a su nacimiento, para destacar su falta de autoridad y de justicia... Este es un procedimiento seguro para derribarlo todo».

Y lo es, porque, como agrega ya por su cuenta Maritain, «la costumbre es una cosa peculiar que, aunque nacida del funcionamiento de la razón, no obstante, se *solidifica* sobre su marcha y acaba por convertirse en *nueva naturaleza* que llega incluso a introducir, aun en la vida racional, hasta métodos —como una auténtica naturaleza—, siendo, además, el correctivo normal de las contingencias y de las dificultades innumerables allí donde, por gracia del mecanismo de la razón... pudiera sobrevenirnos algún contratiempo».

De este modo, por el mal uso de la razón (y sería mejor decir por el no uso de la razón, porque la llamada «Opinión» no discurre, sino que siente), llega el pueblo a «solidificarse» hasta adquirir verdaderas costumbres, según las cuales quiere o deja de querer ciertas cosas, apetece o rechaza esta o la otra forma de gobierno, se aficiona a una religión o la aborrece, y una, en fin, o fusiona en su simpatía o su antipatía realidades y conceptos que se le antojan soldados sin disolución posible, y, en bloque, los acoge o rechaza todos.

De aquí que sea gran habilidad no el *imponer* esto o aquello —esta fe religiosa, este sistema político—, sino el acertar a imbuir en el pueblo tales principios o doctrinas que vengan a «dessolidificar» las costumbres no convenientes y, destruída la «pseudo naturaleza» de la razón, dotar a ésta de la agilidad que le es precisa para el libre juego de sus facultades.

Logrado esto se habrá conseguido lo que Santo Tomás dice, a saber: que la costumbre puede llegar a tener fuerza de ley, aboliendo la vigente y sirviendo de interpretación a otras leyes.

Yo ya sé que para muchos juristas la costumbre no derriba la ley. Pero, ¿habrá quien niegue que la costumbre allana el camino de la nueva ley que deberá sustituir a la ley derogada?

La ley es la fachada y aun el tejado del edificio. Pero el piso sobre el que se asienta lo construido es la costumbre.

Y aplicando la teoría a lo que nos afecta, ¿acaso no es cierto que desde hacía años, antes de la nueva legalidad, se había impuesto en extensas zonas la «costumbre», la «solidificación racional» —sería mejor decir «irracional»— de desamar no ya sólo a la Iglesia, sino aun los principios de una mera ética natural? Desde luego que sí. Y, precisamente por existir tal «solidificación de la razón», aun entre los sectores que se consideraban a sí mismos mejores, es por lo que ha sido posible que se haya llegado a la aprobación de tantas leyes contrarias a una moral recta, simplemente natural.

Luego, ¿qué hemos de hacer ahora? Para mí, la respuesta es sencilla. Para la «opinión», debemos procurar una nueva «solidificación» que sea sucedánea de la que ahora, con dolor, vemos que impera. Y, junto a esto, como el único medio de lograr la mutación, debemos procurar que aquellas capas superiores y de más influencia readquieran una elasticidad racional nueva, que las libre de obrar por meros «reflejos».

Observa Santo Tomás —y lo recuerda Maritain— que «solamente debe crear novedad el arte político cuando la superioridad de la forma nueva es tal que, habida cuenta del bien común, se compense al cuerpo social del detrimento que el cambio de las leyes le supone, *siempre que se priva a la ley del auxilio de la costumbre*».

Costumbre que —te añado yo—, para que se la haya de tomar en cuenta, no es necesario que sea aquélla que «conviene» al cuerpo social, ni aun al recto orden.

¿No recuerdas a este propósito la vasta obra «El Protestantismo comparado con el Catolicismo»? ¿No te dicen nada en ese

sentido todos los capítulos que Balmes dedica a desarrollar por qué la Iglesia *no pudo legislar* de modo «radical» sobre materia de servidumbre y esclavitud?

Y es así porque «todo cambio, considerado en sí mismo, implica cierto detrimento del bien común». (Sum. theol. I-II, 97, c. I.)

Ahora, llegado aquí, voy a resumir mi pensamiento.

Sin rechazar como ilícito siempre —que otros sí te lo rechazarían— todo procedimiento de fuerza encaminado a reencauzar la política, en mi opinión sería de la más alta inconveniencia, en la hora actual de España, cualquier intento en tal sentido. Un cambio en la gobernación del Estado buscado por medio de una rectificación «violenta» sería una obra vana y un atentado.

Por eso, todo pensamiento o deseo que nos aficione a añorar los golpes de fuerza en la hora presente los debemos rechazar, por razones meramente morales y de habilidad —o sea de verdadera política—, del mismo modo que debemos rechazar y rechazamos —unos por caridad, otros por necesidad social— tantas y tantas halagüeñas tentaciones de todo orden al cabo de una vida, de un solo día o aun de una sola hora.

Nada más. ¡Que ya es mucho lo que te he escrito en esta carta!

IV

En el día 15 de octubre de 1932.

Creo, querido amigo mío, que cuando comenzó esta correspondencia —que con esta carta quisiera, por mi parte, dejar terminada— me proponía tratar contigo de política de este país, y después he derivado —o hemos derivado— el tema a política de principios generales, que podrían caer bajo el enunciado «Catolicismo y República», o La República y el bien general.

Pero hoy vuelvo a lo primero, y tu carta del 9 de agosto me va a servir de guía en mi exposición.

Yo te decía que aquí, en el País Vasco —en el «Euzkal-Erri»

de los vasquistas del siglo pasado y el «Euzkadi» de los de hoy—, no existen sino dos grandes zonas de opinión cristiana: la que vive en un vago recuerdo de «un pasado mejor» y la otra que, a su vez, vive y crece tras el ansia de un futuro ideal, también mejor que el presente.

Aquéllos son los *tradicionalistas* y éstos los *nacionalistas*.

Frente a ellos, te decía, hay la masa —en toda su gradación de matices— del *socialismo* o, acaso sea más exacto, del *izquierdismo*, enemigo o desconocedor de la fe, la moral y el culto cristianos.

Y, visto así el panorama, te preguntaba de qué lado deseabas caer o, más aún, de qué lado se debía empujar a los vacilantes, a los neutros, a los que no se pronuncian respecto a lo que pasó ayer o puede pasar mañana.

Tú, como fórmula, me decías: «Nuestra consigna debe ser *Somnia Dei per hispanos*; el sueño de Dios por medio de los españoles.»

Vamos a ver si tu consigna tiene aplicación al caso «nuestro» —de todos los que, conscientemente, vivimos en el País Vasco.

Empiezo por declararte que yo no sé de más *sueño de Dios* que el que nos comunicó por su Verbo. El anhelo que instadamente señaló en excepcional ocasión luego de ido del Cenáculo el discípulo que no iba a perseverar, cuando dijo Cristo a los once: «El mandato mío es que os améis unos a otros como yo os he amado a vosotros». O como, a poco, otra vez les insistía: «Lo que yo os mando es que os améis unos a otros».

Amor de los cristianos entre sí. ¿Es este el sueño de Dios que tú ves plasmarse en el mundo por la acción de los españoles? ¡Pues es magnífica consigna! Pero esto sólo de un modo se puede hacer, modo que está señalado ya en la misma ocasión culminante: «Yo soy la vid —dijo Jesús—, vosotros los sarmientos. Quien está unido a mí, y yo con él, ese da mucho fruto».

Habría, pues, que empezar —a mí me parece— por estar muy unidos a la vid. Y la vid es Roma.

Muy sometidos a ella —a la voz de pastor de cada Papa—,

entonces podremos aspirar a ser los José, hijo de Jacob, intérpretes de sueños de la más alta Majestad.

Porque también son de aquel último discurso del Dios hecho Hombre estas otras palabras: «No me elegisteis vosotros a mí, sino yo a vosotros».

Dios es Esposo que busca a quien quiere. No es amor que pueda ser raptado. Nos rapta. ¿Y quién te dice que perpetua y exclusivamente quiera tener el mismo intérprete de su sueño?

Yo temo mucho a los «exclusivismos», a los aranceles que cierran fronteras, cuando la mercancía traficada es la Gracia. ¿No hizo explosión la hidra cerrada de Lutero por una exclusividad de predicación y aplicación de indulgencias concedida a una Orden determinada sobre las otras?

Por exclusivos, los judíos son, y seguirán siendo hasta el fin, pueblo desechado. Por exclusivas —por encerradas dentro de sus límites nacionales— las iglesias de Oriente van muriendo para la fe.

Yo temo mucho a toda exclusiva. ¿De veras crees que sólo en un pueblo o por su medio pueden hallar el bien —¡el Bien!— los demás pueblos?

Estoy seguro. Esta mera pregunta, así planteada, de modo escueto, te hará impresión, y, con sinceridad, si no a mí, a ti mismo te responderás: ¡No!

En tu carta primera, hacia el fin, decías: «Unamuno escribió, en cierta ocasión, que *la tierra vasca*, su tierra, nuestra tierra, era la llamada a *unir*, la *españolidad* con la *universalidad*...» Y agregas allí: «Yo me adhiero por completo a esta opinión.»

Si no me hubieses escrito más que esto, fuese probable que mi carta siguiente no hubiese sido más que ¡*Amén!* Porque en mis oídos, tus palabras repiquetean con ritmo vigoroso y, en eco, hacen decir a mi lengua, sílaba a sílaba, como tú: *Yo me adhiero por completo a esta opinión.*

Pero, ¡ay! Tú que te dices de esa opinión que yo suscribo, me has escrito también en otra página: «Aquí me tienes, sobre el Tormes... ocupándome de *castellanidad*, es decir, de *universalidad*.»

Primero, en tu cita, dabas como cosas distintas, puesto que hablabas de *unirlas*, la *españolidad* y la *universalidad*. Mas después agregas que *castellanidad* es tanto como *universalidad*. ¿Qué lenguaje de «Diego» por «digo», y «digo» por «Diego» es éste?

Tal vez tú tengas *tu* explicación para semejante embrollo. Pero yo quiero adelantarme, y te voy a dar la interpretación que me gusta de tu laberinto secreto, que tal vez de lo que te diga nazca la luz que buscamos, o que yo, a lo menos, busco.

Dices: Tierra vasca, o camino de la universalidad para España.

Y dices también: Castilla, proximidad del Tormes, o vehículo de universalidad.

Y surge al pronto el cruce, la cruz, la contradicción: Lo primero en pie contra lo segundo, o lo segundo atravesado sobre lo primero.

Pero, no. Que conste que, bien sentado y claramente entendido cada concepto, yo suscribo ambos, y con los materiales de cada uno edifico mi ciudad.

¿No te decía yo mismo en otra carta cómo me admiraba que el castellano hubiese llegado a lo más alto, y lo más distante y lo más aislado de las tierras americanas, y aún pude decirte tras-americanas? Y, ¿qué es esto sino lo mismo que tú afirmas en tu segunda frase? Estudiar castellanidad es —en cuanto su lengua tiene, o tuvo, de vehículo de muchos pueblos— estudiar universalidad.

Pero queda lo que recogiste de Unamuno: El camino de la universalidad de España está —*deberá estar*— en la tierra de los vascos.

Tú haces burla de que los vascos pasen por alto o apenas rocen la historia de «diez siglos de historia».

Y tu burla es porque te duele lo que hacen, y no sabes de otro remedio que la mofa. Pero yo no te imito. A mí también me duele. Pero conozco que el dolor —el natural, no el buscado— sublima y crea. Dolores son éstos de madre. Lágrimas de metal rico fundido, que un día recogerán como reliquias los mismos que nos las hacen verter, o sus hijos.

Estamos en parto de una edad o cultura o «universalidad» nuevas, hacia las que nos lleva ese reducido pueblo de los vascos. Pueblo de tradiciones; no de historia. Que ésta —su historia— está en trance de quererla semillar sin hallar cómo —¡lluvia de Danae, que otra vez volviera!— en el vientre, hoy abierto, de «la cultura occidental y de la civilización europea, uno de cuyos grandes puntales *fué* el Reino de las Españas».

Las palabras que acabo de recoger son tuyas. El «*fué*», lo he subrayado yo; pero lo escribiste tú. Y en eso, en que *fué* y ya no es, debemos encontrar la clave de cómo estudiar castellanidad sea hacer un estudio de universalidad; porque todo el que sirve toma algo del que es servido, y Castilla, al ser vehículo de Cultura, tomó de lo que es propio de la Cultura: un algo de universalidad. Pero que, también, porque *fué* y ya no —sin América, sin las islas del Pacífico, sin trozos de Italia, sin Portugal desgajado, sin Gibraltar perdido—, si quiere guardar contacto con el presente, debe buscar, o dejar que le venga, la nueva universalidad, por ese pueblo joven y ágil, el vasco; sin historia por recordar, pero lleno de los anhelos del que está en el día de *su* víspera.

Yo, que aborrezco que se ataque a España y que se niegue su historia, te digo, sin embargo, que hay que cuidar también para que no haya ataques contra el presente o el futuro de cada uno de los pueblos que hicieron a España y su historia.

A mi entender, en lo que hace a la hora actual, debemos laborar *dentro* del régimen —largamente te he hablado de esto—, poniendo todo el esfuerzo en mejorar el ambiente. Y *dentro* del País Vasco, haciendo que, lo que debe ser, sea. Que sea, creando cauces. Como yo hubiese querido que la Corona los crease. No oponiendo diques que no hacen sino elevar presiones.

Y no te canso ya mucho más.

Sí quiero, sin embargo, apuntarte que si hay quien no quiera —y muy libre es cada uno de quererlo o no— que a España le venga la nueva universalidad por el genio vasco, nadie, sin embargo, puede proclamar que sea lícito ahogar a un pueblo que

milenariamente viene poblando un suelo, con unos rasgos étnicos propios, con una lengua suya, con un anhelo de afirmación y conocimiento de sí mismo.

Cuando un pueblo ha perdurado así es que está destinado por el Creador para algo, y es contra la Naturaleza querer frustrar ese designio.

Pero vivir no es vegetar. Vivir, para un pueblo más que para un hombre, si cabe, es desarrollarse y superarse.

Tal es, para los que no somos «separatistas», lo que nos queda por intentar con el pueblo vasco dentro de España. Esa es mi fórmula, que la puedes cifrar así: Amor, mucho amor, y serenidad. Mucho amor y mucha serenidad para hablar de lo que pasó —lo objetivo que tendemos a subjetivarlo—, lo que está pasando —lo subjetivo en trance de hacerse objetivo— y lo que está por venir— lo más subjetivo de todo—, porque aún no existe más que en el deseo o en las imaginaciones distintas.

Amor y serenidad con que ha procurado concebir estas cartas tu amigo,

LUIS VILALLONGA

De Orbe Hispánico

XXVI Congreso Internacio-
nal de los Americanistas

La Fiesta de la Raza

XXVI CONGRESO INTERNACIONAL DE LOS
AMERICANISTAS (Sevilla, octubre).

De todos los actos que el afán *estrechador de lazos* haya podido organizar en pro del hispanoamericanismo, ninguno podrá ser tan fructífero en realidades como lo ha sido el XXVI Congreso Internacional de los Americanistas.

Repetidamente hemos venido hablando en estas líneas de la alta significación que para España había de tener este Congreso. Vuelta ahora la atención a lo que fué el desarrollo del gran certamen americanista, hemos de confesar que todas las ideas preconcebidas, por optimistas que fueran, no pudieron sonar con resultados tan excelentes.

Con un año de retraso ha encontrado realización el Congreso, pero, a fuer de la verdad, debe decirse que si este año ha sido empleado en preparativos, sólo plácemes cabe atribuir al Comité organizador. El Dr. Marañón presidía este Comité y sus palabras iniciaron las labores del Congreso. Estas palabras marcaron lo que, en realidad, había de ser el tono general de toda la reunión. Al hablarnos de una Edad Media torturada y que no se hallaba a sí misma debatiéndose en la nostalgia de un *plus-ultra* —América— que no conocía, pero que presentía, nos pintaba el anhelo de España por el Nuevo Mundo que Colón iba a descubrir. Este anhelo de España por otras tierras ultramarinas iba a encontrar una repetición en los momentos actuales, del Congreso, al hacerse patente cómo España volvía a interesarse por América, estudiándola y analizándola científicamente. La ciencia española iba a encontrar en este concilio americanis-

ta la ocasión única de poder sentir de cerca, en sí misma, la influencia benéfica de la ciencia americanista universal.

Quizá el fenómeno más significativo que podemos considerar en el Congreso todo, sea el de la participación de España en é. 1935 ha sido la fecha más oportuna; ni antes ni después hubiera tenido tanta eficacia la celebración del Congreso en España. Veamos por qué.

Desde enero de este año hemos querido ir precisando en estas páginas los pasos que por la causa del Americanismo se iban dando en España. Vimos cómo la Universidad creaba un *Seminario de Estudios Americanistas*, que se organiza con la presencia de investigadores extranjeros, como T. Duyvis, y cómo se profesaban cursos por el Dr. Trimborn, a los que vienen a sumarse los del gran sabio, consagrado internacionalmente, Walter Lehmann; vimos cómo se organizan exposiciones etnográficas (Cap. Iglesias) o artísticas (*Arte Inca*, col. J. Larrea), bajo los auspicios de entidades oficiales; vimos, en conclusión, cómo el *Centro de Estudios Históricos* creaba una Sección Hispanoamericana, y cómo este interés crecía y se extendía por doquier. Todo esto iba plasmando en publicaciones, en catálogos, en revistas y en libros que iban amontonándose, unos sobre otros, como sillares de una construcción, para constituir el edificio de la ciencia americanista española. Este esfuerzo necesitaba, para cuajar en esfuerzo definitivo y eficaz, para no quedar en momentáneo brillar de un chispazo esporádico, presentarse al público internacional para hallarse en sí mismo, para contrastarse y mostrar a la ciencia de qué modo viril y creador, tal como correspondía a España, se interesaba por los asuntos de lo que fueron nuestras tierras (en el mismo sentido que los hijos son *nuestros*) de Ultramar.

Correspondió la labor de evidenciar lo que era el nuevo tipo de la ciencia americanista española a Instituciones oficiales sevillanas y madrileñas y a entidades particulares de otras provincias. El *Archivo de Indias*, que dirige nuestro querido compañero Tamayo, albergue nato del americanista que visita Sevilla, cobijó entre sus paredes una excepcional «Exposición

Cartográfica», a base sus fondos propios y de los aportados por la *Academia de la Historia* y por el *Museo Naval*. Fueron los Sres. Altolaquirre, Guillén y Tamayo los fautores de esta demostración gráfica, que puso a los ojos de los sabios americanistas un material cartográfico y documental que será casi imposible volver a ver reunido de nuevo.

El *Instituto Hispano-Cubano*, conjuntamente con el *Centro de Estudios de Historia de América*, han sido las Instituciones sevillanas que, personalizadas en su director técnico, Pr. Ots y Capdequí, llevaron sobre sí la no leve tarea de procurar un marco espacial al Congreso. El edificio de Los Remedios, habitualmente asordinado por las pisadas tranquilas del investigador paciente, se llenó de un vitalismo y de un movimiento que a muchos nos hizo recordar el otro muy lejano de la partida de una expedición que, con los nombres gloriosos de Elcano y Magallanes, había de inmortalizar la ribera del Guadalquivir donde precisamente se asienta el antiguo convento de Los Remedios.

No tuvo sólo esta nota cordial la colaboración prestada por los Centros sevillanos al Congreso. Con las figuras, ya consagradas, de Ots y de Angulo toman parte en el certamen científico un núcleo de nuevos valores. Núñez, Peña, Ventura, Marco, Bernal, etc., son la significación de lo que la ciencia española quería hacer como demostración juvenil. Airosos salieron de la prueba los jóvenes sevillanos. Las palabras del Prof. Carbia en la sección tercera son la mejor comprobación de ello.

Madrid, cabeza y corazón de España, hubo de contribuir cuantitativa y cualitativamente a las labores del Congreso. La Universidad de Madrid estaba representado por el Prof. Ballesteros, Director del *Seminario de Estudios Americanistas*, y llevaba la aportación de un nuevo trabajo, con documentación desconocida, sobre el Inca Garcilaso (1), y los trabajos de dos colaboradores extranjeros del *Seminario*, el Dr. Leawelt y la seño-

(1) José de la Torre y del Cerro: *El Inca Garcilaso*. Publicado por la Sociedad Hispanoamericana de Historia. Madrid, 1935.

rita Duyuis, el del primero sobre un punto oscuro, y hoy claro, de las relaciones entre España y los Estados Unidos en el siglo XVIII, y el de la señorita Duyuis sobre un anillo de piedra de Uxmal (México), depositado en nuestro M. A. N. y hasta hoy no debidamente valorizado. Los alumnos del Prof. Trimborn aportaron sus trabajos de clase, hechos sobre el tema de los vasos peruanos del M. A. N., mostrando con ello cómo, hasta entre la juventud que empieza, ha aprendido este interés general por lo americano, que nosotros hemos querido ir pulsando desde estas páginas.

El Centro de Estudios Históricos, de cuya delegación formábamos parte, llevó al Congreso un tipo de trabajos de investigación y crítica que difería de los que los otros grupos españoles especializados aportaban. Angel Rosenblatt presentaba un estudio lingüístico sobre los indios Otomacos y Taparitas, elaborado con materiales de primera mano; Ramón Iglesia contribuyó a la crítica de las fuentes con su estudio de *Lo popular en la Historiografía española*, y nosotros mismos dimos a conocer al Congreso *Tres ejemplares desconocidos del M. A. N.* (pieles de bisonte pintadas), los *Datos arqueológicos contenidos en una fuente casi desconocida* y *Una colección extraordinaria*, que tuvimos la fortuna de poder estudiar a fondo en Praga.

Hemos querido reseñar la intervención española en el Congreso Americanista. Hemos detallado, pero sólo con el afán de que de ello se concluyan, deduciendo resultados prácticos. Nos faltaría un elemento de juicio si no mencionásemos la obra que ofreció al Congreso D. Luis Pericot: *La América Indígena*. El monumental libro del profesor catalán, del que nos ocuparemos con más detenimiento otra vez, es el comienzo de una serie de muchos volúmenes que, en total, constituirán una gigantesca *Historia de América*, editada por la Casa Salvat y dirigida por el Prof. Ballesteros-Beretta. Todo esto creemos que ha podido ser prueba, más que evidente, de la demostración que ante el mundo de la ciencia americanista ha hecho España, como nación que quiere formar en la vanguardia de los pueblos de cultura.

Levantemos por hoy la pluma del papel, llevémonos sólo la impresión de lo que España ha hecho en el XXVI Congreso Internacional de los Americanistas, dejando para mejor ocasión la reseña de lo que ha constituido la aportación de otros países.

LA FIESTA DE LA RAZA

Octubre trae todos los años consigo la *Fiesta de la Raza*. Este octubre nos ha pasado más inadvertida, quizá, por el hecho mismo de estar más llenos los ojos de un espectáculo plenamente hispano-americano: el Congreso Internacional de los Americanistas.

En la Sección tercera del Congreso se cantó el mestizaje, se le glorificó y se le enaltecíó. Quizá sea ésta una de las mayores pruebas de cultura de los pueblos sensatos. Toda expansión, racial y cultural, supone un mestizaje, y así ocurre desde que los pueblos vagan, sin cesar, por la superficie del planeta. Por ello, al hablar de la *raza* como de un ente, como de algo compuesto de muchos elementos, como de un todo formado por dispares elementos que se aunan para integrar un total armónico, nos elevamos ante nuestros propios ojos, nos humanizamos más, tomando de lo humano lo más digno: el pensamiento. En un momento como el presente, en que *raza* es sinónimo de *zucht*, de cría de ganado, de pigmentación y forma craneana, reconforta que, por sobre las trescientas razas diferentes de América y por sobre las aguas de un Océano, se pueda hablar aún de una *Fiesta de la Raza*.

MANUEL BALLESTEROS-GAIBROIS

Los Trabajos y los Días

Arte

Tribunas

Libros

Arte

XV SALÓN DE OTOÑO

Quizá sea por el magnífico exponente que de la obra de Inurria nos muestra este certamen en la Sala V, por lo que el cronista ha recibido una impresión más favorable que en otros anteriores. Quizá fuese también porque el hombre se encontrase aquel día de mejor humor que en pasadas coyunturas análogas. Porque la verdad es que el saloncito es tan malo como de costumbre. Esto no significa que, además de la obra ya citada, de Inurria, no haya otros remansos y aun charquitos en que pueda saciar su sed artística el devoto.

Los remansos son tres: la sala de igual número, en la cual, además del gran lienzo de Solana —«Mujeres arreglándose»— hay varias otras obras de los ya consagrados, que siempre patentizan, a lo menos, conocimiento del oficio; el aporte de Vázquez Díaz y, finalmente, el delicioso cuadro de Marisa Pinazo. Pero ya trataremos de todo esto a su tiempo. Comencemos, con orden, por la Sala I.

Está dedicada a la escultura, y, en ella, aunque no hay nada extraordinario, destaca por su finura ejecutiva y conceptual la obra de Compostela.

En la Sala II, de pintura, la familia Vázquez Díaz ocupa casi todo el lienzo izquierdo. La jerarquía se mantiene aquí al tenor de lo humano. Algún día, despacio, hemos de hablar en estas páginas de Daniel Vázquez Díaz, cuyo pintar se depu-

ra por años, buscando dentro de sí mismo una razón más exacta y más simple del volumen y del color. Muestra del fruto de estos trabajos suyos que pudiéramos llamar casi de alquimia, es «Vitrina de la calle del Prado»; y fruto también, o mejor, «fruta», ya que este nombre se nos viene a la boca, por lo maduro y sabroso de su contemplación, son los estudios de cabezas (Lagar-tijo y Frascuelo) para el cuadro de «Las cuadrillas», aún sin publicar, y que quizá sea la obra maestra del artista.

Es lástima que, además de los dibujos, Doña Eva Aggerholm de Vázquez Díaz no haya traído alguna de sus deliciosas es-culturas.

Esta Sala, favorecida por la suerte, o por quien sea, guar-da también el «Bodegón» de la Srta. de Pinazo. Marisa Pina-zo, que hasta hace poco algo cobarde en el color, ha vencido esta timidez con resultado espléndido. Su obra, si no la más profunda, es la que más encanto tiene entre todo el concurso. Al lado anda otra muestra de la pintura femenina, aunque tan alabada no tan afortunada.

«Angel de Mar», de José Frau —una agradable estampa—, y las divertidas escenas de la Srta. Antoinette Schulte comple-tan el conjunto de esta Sala.

En la Sala III, «Mujeres arreglándose», de Gutiérrez Sola-na, aunque la escena esté calcada de Wateau, es un cuadro in-teresanísimo por el rotundo empleo del color, usado con una sinceridad y una pureza de la cual pocas veces podemos go-zar en estos días. Solana sigue su camino ascendente por la senda que alguien ha creído ver hollada ya por los maestros venecianos; pero para ser un seguidor de éstos es demasiado rudo, demasiado elemental, aun en su mismo barroquismo. En todo caso Solana sería un veneciano sin cultura. Más cerca po-dría estar de algunos otros maestros españoles del seiscientos.

Y, además de Solana, los que pudiéramos llamar «consa-grados» y los que diríamos «consabidos», pero éstos se cono-cen con exceso para que hablemos de ellos. «Todo esto está igual, parece que fué ayer».

Hay en la Sala IV un cuadro del Sr. García Carrilero, titu-

lado «Señoritas de conjunto», del que hacemos mención por una circunstancia casual: su analogía con el de Solana. El asunto es el mismo; está planteado, fuera del lienzo, igual; pero qué diferencia en la realización! Lo que en el uno es fuerza viva, impulso recto, en el otro es amaneramiento, receta, puro tópico. Buen ejemplo serían estas obras para convertir a los secuaces de la primacía del asunto en la pintura. Secuaces que aún existen, aunque parezca absurdo.

Notaremos también «Carmina», óleo de Amérigo, y unos floreros de D.^a María Revenga, de mujer, pero bien.

En la Sala VI el «Sueño de goloso», de Rodríguez Puig, nos parece lo más interesante.

La VII, dedicada a los heterodoxos, no ofrece nada valorable. «La viuda gris», de Luis Garay, tendría cierto aprecio si no nos fuese ya tan conocido el juego de las nieblas. Hay otro óleo —«Realismo»—, de Antón López, que, como no le entendemos, no podemos decir si está bien o mal hecho.

Los pensionados de la Casa de Velázquez, en la VIII, dan un tono gris a la Sala. Sobre él destaca la obra de uno de ellos, Roca, con «Femmes de Lagartera». Si supiésemos la edad de este artista y sus antecedentes, podríamos hablar con más justeza. Sin embargo, nos parece buena madera de pintor.

Nada de la IX Sala nos atrae.

Ni de la X tampoco.

Y ni siquiera de la XI.

En la XII una horrible cabeza tocada a la moda de Frigia, que dice ser «España», verdaderamente antipatriótica. Creemos, sinceramente, que cosas así no debieran ser admitidas en una Exposición oficial.

En la Sala XIV continúa el tono gris levemente matizado por las obras de Cristina Díez de Rivera y Carles Rosich.

De grabado y dibujo —Sala XV— una absoluta sequedad.

Con la Sala XVI volvemos otra vez a la pintura sin grandes resultados. Y en este plan seguimos hasta encontrar el vestíbulo de entrada. «La novicia», de González Rodríguez —de



matiz andaluz— y «Amapolas», de Vicente Aparicio, nos han sido simpáticos al pasar.

De arte decorativo, ¡horror!, al fuego eterno.

* * *

Intencionadamente hemos dejado para el fin la Sala dedicada a Inurria, uno de los escultores más valiosos de los últimos tiempos, tanto que merece una crónica aparte.

FELIPE DE PEÑALOSA

Tribunas

Dos entidades de alta cultura, creadas en torno a la figura del dominico español Francisco Vitoria, levantan periódicamente una cátedra de Derecho Internacional en la histórica Universidad de Salamanca. Este otoño ha tenido lugar el interesante episodio. Las personalidades más eminentes del campo jurídico internacional han explicado en esa cátedra salmantina: Le Fur, de la Universidad de París; Mirkin-Guedzevich, secretario general del Instituto Internacional de Derecho público, el P. Iza, S. J., y Sela y Saupil, de la Universidad de Oviedo.

Las conferencias de M. Le Fur han versado sobre el tema «Nociones actuales de Derecho internacional, que se encuentran en germen en la obra de Vitoria», abordando tema tan interesante como el de la intervención de la Humanidad, apuntando que, para que pueda ésta considerarse legítima, se requieren tres condiciones: dos de derecho y una de hecho; la primera condición es que la intervención ha de ser colectiva y no unilateral; la segunda es que existan reglas de Derecho que vengan a precisar los casos en que esta intervención está justificada; y la tercera condición, de hecho, se resume en la frase «oportunidad del acto a realizar».

Ha hablado también M. Le Fur de un problema tan palpi-

tante como es la revisión de los Tratados, partiendo de la cláusula *Rebus sic stantibus* y los artículos pertinentes a la Sociedad de Naciones. Las conferencias de Mirkin-Guedzevich han tenido por tema «La doctrina de la Revolución francesa sobre la organización internacional». El secretario general del Instituto Internacional de Derecho público ha dedicado una gran atención al estudio de la Revolución francesa, y ha podido así, en este cursillo, establecer un paralelismo entre la doctrina de Vitoria y las de los hombres de la Revolución, en lo que se refiere al concepto de guerra justa, sostenido por el ilustre dominico español mucho antes de que se produjera la Revolución francesa.

Por último, el P. Izaga ha estudiado la figura del también P. Luis Molina, bajo el tema «El programa de Luis Molina en el movimiento internacional de la segunda mitad del siglo XVI, ¿fué de los que desviaron la corriente doctrinal de la Edad Media sobre la guerra?» Después de hacer una biografía resumida de esta figura e indicar algunas de sus obras, ha entrado de lleno en el tema de su conferencia, comenzando por exponer la acusación de Van der Pol contra algunos escritores de la mitad del siglo XVI, entre ellos Molina, que habían desviado la doctrina tradicional escolástica sobre la guerra para refutar esta afirmación, después de haber hecho un estudio del tratado de Molina sobre la guerra.

Ha funcionado esta cátedra durante tres semanas, y en ella han tomado parte las personalidades más destacadas en el estudio del Derecho Internacional, lo mismo nacionales que extranjeras. A las conferencias asisten, mediante becas, cerca de treinta estudiantes de las restantes Universidades españolas y de las de París, Lovaina y Coimbra.

El Instituto Internacional Francisco Vitoria y la Asociación Española Francisco Vitoria, son las dos entidades beneméritas que costean y promueven estos gloriosos estudios en los que España dió al mundo leyes morales, cuando Ginebra no era más que un reducto de herejes amotinados contra sus legítimos Gobiernos.

Libros

Un libro nuevo —nuevo por el tiempo de su aparición, nuevo por su originalidad— acaba de salir a la luz pública. La portada es llamativa: los símbolos de dos estilos arquitectónicos, el gótico y el románico, se superponen bajo los rayos del sol. El título: «Los apologistas españoles. 1830-1930». El autor, un nombre muy conocido: Don Rafael G. García de Castro, lectoral de Granada, nombre ya familiar en el mundo culto por su obra «Los intelectuales y la Iglesia», que ha merecido los elogios de los más solventes maestros de la crítica.

He aquí los títulos de dos obras que mutuamente se complementan en la realización del plan a que responden. El segundo aspira a deshacer la leyenda que atribuye a los intelectuales españoles de carácter izquierdista la hegemonía del pensamiento contemporáneo; y el propósito se consigue, caminando sobre las huellas que dejara abiertas el genio inmortal de Menéndez y Pelayo. Aquélla, la obra aparecida en estos días, constituye la parte positiva de esta concepción integral: a través de sus páginas brillan, con esplendores de vida nueva, los esfuerzos de los apologistas españoles en el último siglo.

En los cien años que se encierran en las 242 páginas del libro, nuestros adalides de la ciencia y del dogma, muchos de ellos olvidados en su misma patria, son auténticas lumbreras que unen con los lazos de una dialéctica vibrante la claridad de la exposición y la concepción luminosa de la doctrina. España jamás produjo en el campo de la heterodoxia, como observó Menéndez y Pelayo, un pensamiento original ni una idea dominante. Pero en el siglo XIX, ciertos errores extraños, a fuerza de repetirlos, parecen nacidos en nuestro suelo. Y entonces, nuestros apologistas, que habían arrastrado a través de los siglos la languidez natural por la ausencia del enemigo en

los campos de la patria, aparecen en escena con todo el brío y el empuje que las circunstancias imponen.

El Sr. García de Castro, con singular maestría y sencillez, analiza la obra de estos esforzados varones desde Balmes hasta el P. Laburu, pasando por Cuadrado, Donoso y Cortés, Menéndez y Pelayo, Vázquez de Mella, los refutadores de Draper, los parlamentarios y los periodistas católicos... Y en torno a la figura y a sus escritos se estudia también el ambiente de la época y las turbulencias ideológicas del instante.

«LOS INTELECTUALES Y LA IGLESIA»

El lectoral granadino se mueve a maravilla entre este dedalo de libros, de documentos, de cartas y de discursos. El trabajo está hecho sobre las mismas fuentes y en buena parte sobre documentos inéditos que el autor ha desempolvado en los archivos en largas jornadas de investigación. He aquí una característica que ya tiene acreditada el Sr. Gascía de Castro: su trabajo es siempre de primera mano. Su libro es el primer estudio de conjunto que se ha escrito sobre los apologistas españoles. «Los intelectuales y la Iglesia» ha sido también la primera obra que, arrancando del final de «Los Heterodoxos», llega hasta nuestros días después de haber pulverizado con el escalpelo de la crítica serena y objetiva las presunciones de la moderna intelectualidad anticatólica.

En la galería de «Los intelectuales y la Iglesia» aparecen, de entre los muertos, Castelar, Valera, Galdós, Núñez de Arce, Costa, Azcárate y Angel Ganivet; de entre los vivos, Unamuno, Ortega y Gasset, Fernando de los Ríos, Américo Castro, Marañón, Salaverría, Azorín, Pío Baroja, Jiménez Asúa, D'Ors y Maeztu. Si algunos de estos nombres hoy no tienen cabida en una lista de esa naturaleza, ya el autor explica la causa de su inclusión: en su odisea espiritual tuvieron una etapa anticatólica, hoy felizmente abandonada.

Sobre «Los intelectuales y la Iglesia» el doctor Marañón, uno

de los enjuiciados, en carta a un ilustre crítico literario amigo suyo, dice textualmente: «Que se alegra de encontrar ya en el clero español mentalidades tan claras y tan comprensivas como el lectoral de Granada». Y *El Liberal*, de Bilbao, el periódico de Indalecio Prieto, después de arremeter briosamente contra el libro, estampa un ataque que vale por el más cumplido elogio. Escribe que «es el menos mentecato de cuantos impresos apologéticos del catolicismo han caído en sus manos». El detalle es sintomático y el hecho suficientemente revelador. El propio Unamuno ha reconocido la documentación de la obra y la concienzuda lectura que el autor ha hecho de los escritores juzgados.

De aquí que al aparecer a la luz pública «Los apologistas españoles», segunda parte de este plan que ahora presenta a los defensores del dogma católico en los últimos cien años, como antes presentó a sus impugnadores, hayamos creído conveniente entrevistarnos con el Sr. García de Castro, para conocer algo de sus proyectos.

LIBROS SOBRE M. PELAYO Y LA CONSTITUCIÓN

El lectoral, como familiarmente se le designa en Granada, está preocupado con un sólo pensamiento: la falta de tiempo y de archivos, para dedicarse por completo a esta clase de trabajos; ello le obliga a luchar a la desesperada con la insuficiencia de medios. Es lo primero que nos dice porque es lo que más inmediatamente le obsesiona. En el plan de trabajos para el futuro tiene unos de ejecución inmediata; otros de más lejana realización. Entre los primeros se incluye un libro sobre «Menéndez y Pelayo: el sabio y el creyente», y un esbozo de Constitución española en sus relaciones con la Iglesia. Entre los segundos, la Historia de los estudios bíblicos en España, de la cual ya hay publicados veinte capítulos, y la Historia de la Teología española; de ella tiene manuscritos dos gruesos tomos que llegan hasta el siglo VIII.

De aquí hasta fin de año piensa dedicar el tiempo disponible a la redacción del libro sobre Menéndez y Pelayo, ya trazado en sus líneas generales. Es la primer figura de los apologistas españoles a quien va a dedicar un volumen. A ésta seguirán otras, porque piensa continuar haciendo estudios aislados de los distintos apologistas.

Pero, en primer término, se ha sentido deslumbrado por la luz cegadora del insigne cántabro. Hasta ahora sólo se le ha estudiado como sabio, pero no como creyente. El Sr. García de Castro va a suplir este vacío que se deja sentir en torno a la gloria inmarcesible del maestro. Será, pues, también un libro nuevo por su originalidad, consagrado al defensor intrépido de la civilización católica. Para ello ha manejado durante dos veranos el inmenso epistolario que hay en la propia Biblioteca de Menéndez y Pelayo en Santander. El trabajo se ha hecho sobre documentos inéditos. En ellos aparecen nombres tan relevantes como los de Menéndez Pidal, Ganivet, Ramón y Cajal, Bonilla San Martín, Núñez de Arce, Alejandro Pidal, Castelar, «Clarín», Altamira, Antonio Maura, Cotarelo, Pardo Bazán, Cánovas del Castillo, Pereda... Entre los extranjeros, Arturo Farinelli, Benedecto Croce, Antonio Sardinha, Morel Fatio...

Y cuando esta obra esté terminada, acometerá la de «La Reforma de la Constitución en el orden religioso». Será un estudio de las relaciones que en los órdenes científico, administrativo y pedagógico debe mantener el Estado con la Iglesia. Junto a la situación legal de hoy, persecutoria y detestable, se insertará la solución ideal y la solución posible, porque en política lo que no es posible es utópico. A fines de curso estará terminado este trabajo para complacer los deseos de la Casa editora que se lo ha pedido.

UNA HISTORIA DE LA TEOLOGÍA Y OTRA DE LOS ESTUDIOS BÍBLICOS

Y una vez lanzados al mundo estos libros, el Sr. García de Castro piensa dedicar los años que hagan falta a la Historia de

la Teología española y a la Historia de los estudios bíblicos. De ello no se ha hecho hasta ahora en España un estudio sistemático. Son campos por explorar, pese a que tan legítimas glorias tiene en ellos conquistadas España. Hasta el siglo VIII nuestra patria tuvo la dictadura de la Teología en el mundo, y sus símbolos y sus Concilios son el monumento teológico más interesante de la alta Edad Media. Y en los estudios orientalistas, también a España corresponde la gloria que injustamente quiso arrogarse el protestantismo, cuando pertenece a Cisneros, a Arias Montano y a Felipe II, inagotable Mecenaz.

He aquí una síntesis de la labor del pasado y del futuro del Sr. García de Castro.